

BOIS LIBROS
EASA

TERROR

Frank Martin



**PAREDES PALPITANTES
Y OTROS RELATOS**

TERROR &



© **FRANK MARTIN · 1976**
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00473-8

Depósito legal: M. 36.000 - 1976

Printed In Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**PAREDES PALPITANTES
Y OTROS RELATOS**

Frank Martin

ed

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

PAREDES PALPITANTES

M

El apellido es Stuart, por lo cual considero que tengo ascendencia anglosajona, aunque todo el mundo se empeña en asegurar que soy descendiente de españoles.

Inglés o español, lo curioso es que heredé un caserón de un tío abuelo holandés.

Estaba yo enfrascado en una partida de billar en un club de Londres, medio enfrascado solamente, porque pensaba qué diablos podía hacer para aumentar los ingresos sin esforzarme más de lo que lo hacía y sin acudir al pluriempleo, cuando me dieron la noticia.

En la pensión donde me hospedaba llegó una carta de Holanda.

Mi amigo, holandés precisamente, que dormía en la misma habitación que yo, la abrió al recibirla, cosa muy normal entre nosotros, y acudió al club.

—Bien, muchacho. Has heredado un caserón holandés construido por españoles en el corazón de Nijmegen.

Me quedé impávido contemplando a mi compañero.

—¿Y qué es eso de Nijme... qué?

—Nijmegen. Una bonita ciudad submarina de mi país. ¿No es estupendo?

—¿Y de quién la heredo?

—De tu tío abuelo.

—¿Y quién era mi tío abuelo?

Después de esta pregunta todos empezaron a burlarse de mí.

Vermeer, mi amigo, intentó explicarme buenamente cuanto sabía, pero acabó sumándose al jolgorio.

Y yo también, claro.

Me gasté mis ahorros invitando a *whisky* y cerveza y regresé a la pensión haciendo los primeros cálculos sobre el valor monetario de la casa.

Cuando nos metimos en la habitación, dije a Vermeer:

—Bien, creo que iré.

—¡Claro que irás! Y yo te acompañaré.

—¿Por qué has de acompañarme?

—Porque no te queda un penique para el viaje y porque me necesitarás como cicerone. Además, para ir a Holanda se necesita ser un buen remero y de eso tú tienes muy poco. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

* * *

Unos días después emprendíamos el viaje hacia la vecina Holanda, en un mal barco, con pasaje barato, sin derecho a camarote ni a bolsa de plástico en donde vomitar.

Pero la idea empezaba a agradarme.

Me serviría de momento para hacer algo de turismo, y suponía que aunque la casa fuese muy vieja y se negaran a pagármela, por el solar percibiría mis buenas libras.

—¿Solar?

Mi amigo Vermeer se reía.

—¿Solar, dices? Seguramente es una casa que se levanta emergiendo del agua. Aquel lugar es un trozo de mar.

—Pero la casa se ha de apoyar en tierra firme, ¿no? Pues esa tierra ha de tener un valor, y a eso es a lo que me refiero.

—Me gustaría más que te la quedaras.

Vermeer era un soñador. Había elegido los estudios de Filosofía y Letras y yo estaba convencido de que llegaría muy alto por la sencilla razón de que todas las lecciones que para cualquier ser humano normal resultarían un tormento, para él eran un placer.

Después del barco que nos transportó de Inglaterra a Holanda, una lancha motora de pasajeros se encargó de llevarnos hasta la puerta interior de Nijmegen.

Por unos instantes se me antojó estar navegando en un desagüe, por un vertedero.

A ambos lados se clavaban los estrechos y altos edificios, según Vermeer, del Renacimiento, una joya para Holanda, sobre las cuales el musgo trepaba como un monstruo devorador. Musgo verde, negro, rojo, marrón... Las paredes se desconchaban, el cemento se pudría; toscos ladrillos descarnados cobijaban una diminuta fauna.

—Esto es horrible, Vermeer.

Tuve que pedirle perdón al verle a punto de llorar.

—Quiero decir que esperaba otra cosa. Esto es muy bonito, muy pintoresco, muy... eso, lo que tú dirías si tuvieras que hablar en mi lugar, pero... En fin, yo esperaba una casa respetable y...

—Todavía no la has visto. Aguarda. Ahora tenemos que ir a ver al notario. Él te entregará las llaves. Nos acompañará.

El estilo moderno holandés sí que me gustó. Pero apenas me fijé en él. Yo imaginaba que ninguna de aquellas bonitas fincas asentadas en tierra firme, rodeadas de alegres jardines y sombreadas por los abetos que las

circundaban, pertenecía a mí antecesor.

Quizá tampoco pude advertir su belleza debido al día plomizo, algo frío y poco acogedor, que hacía que me sintiera incómodo.

El notario resultó ser un individuo que debió nacer la misma fecha que el hermano de mi abuelo. Debía pasar de los ochenta años; tenía muy pocos cabellos sobre su calva blanca, aunque los conservaba y los dejaba crecer, para que le cubriesen el máximo posible de su superficie.

—Así que usted es el pequeño De Groot, ¿eh?

Me lo dijo apoyando sus temblorosas manos en mis hombros.

Interrogué a Vermeer con la mirada y este se encogió de hombros.

El viejo letrado se extrañó.

—¿No le llaman así? A toda su familia se les conoce con este nombre. Son ustedes descendientes de un famoso general que tomó parte en la firma de la Paz de Westfalia, la que puso fin a la ocupación española en estas tierras. Creo que ese general De Groot fue uno de los paladines. Luego se casó con una dama española.

Yo estaba ansioso por conocer de una vez la mansión, jurándome deshacerme de ella en un plazo inferior a veinticuatro horas.

Pero tuve que escuchar la verborrea de aquel vejestorio... que a decir verdad no me resultaba antipático...

Y menos cuando me dijo:

—¡Ah! Es una magnífica casa. ¡Les asombrará!

Volvió a su charlatanería.

—Su tío abuelo no tiene más herederos que usted. En un principio quiso regalar la casa al Ayuntamiento para que fuese utilizada como escuela, hospital o cualquier otra cosa. ¿Sabe el motivo? No quería que se vendiera. Allí han vivido los De Groot y deseaba que siguieran viviendo. La casa guardaba grandes recuerdos para él.

Creo que perdí algo el color.

El notario prosiguió:

—Pero pensó en usted. Pensó mucho en usted... y hasta incluso se informó. Debieron ser buenos informes, porque me dijo: «Creo que mi heredero tendrá hijos y nietos en esta casa y los de Groot nunca desaparecerán de Nijmegen».

—¿Y dejó la prohibición de su venta?

En cuanto el viejo meneó negativamente su cabeza solté un suspiro.

—No quería que se vendiera, pero no dejó cláusula alguna que lo impidiera. Y tanto es así, que yo, en este preciso momento, puedo darle el nombre de tres personas que se interesan por su adquisición.

—¿Quiere decir que la casa tiene tres personas interesadas en su compra?

—Eso es.

—¿Cómo puedo comunicarme con ellos?

El viejo sonrió.

—Aguarde, aguarde, joven De Groot. Todavía no ha visto la casa.

Encogí los hombros y acepté la invitación del notario de acompañarnos.

Mientras fuimos en coche, que conducía el chófer del notario, renacieron mis esperanzas, pero en cuanto llegamos a un embarcadero y cambiamos el vehículo terrestre por otro marítimo, volvió a mí el desánimo.

El viejo notario dijo:

—Una de las ofertas es bastante tentadora, ya lo verá. Pretenden hacer de la casa un parador turístico, aunque no desestiman la idea de la competencia de derribarla y construir un hotel moderno.

—¿Qué suma ofrecen?

—No la han fijado, queda por discutir... aunque yo me aventuro a indicar lo que...

—Siga, siga.

—Lo que puede pedir usted en un principio. Si quiere puede rebasar las treinta mil libras esterlinas.

Solté un silbido de admiración.

—Vendo.

El viejo sonrió.

—Le advierto que el valor no está solamente en el edificio que acabarán por derribar, sino en los objetos del interior. Los De Groot han tenido siempre muy buen gusto en el arte y han vivido acomodadamente. Me atrevo a decirle que uno de los cuadros que adornan las paredes es un Rembrandt.

Esta vez fue Vermeer el que silbó.

El notario se apresuró a decir:

—¡No lo aseguro! Carece de firma y los últimos De Groot no se han molestado en comprobar su autenticidad. Yo puedo decirles que tiene un sombreado parecido con «La muchacha de la ventana», es el mismo estilo y tal vez la misma modelo.

Cuando había cebado bien mis ilusiones, dijo:

—Le aconsejo, pese a todo lo dicho, que no venda.

—¿Por qué no?

—No venda nada. Nada en absoluto.

La cara del viejo había cambiado algo. Ahora sus ojos cansados brillaban de manera misteriosa.

—Hubo un De Groot que lo intentó... y murió ahogado en una palangana.

Reí.

—¡Tiene gracia! ¿Y cómo se las arregló para morir ahogado en una

palangana?

—Era el agua que daba de beber a los perros. Debería estar inclinado sobre ella en el instante en que se desprendió una viga del techo y le sumergió la cabeza impidiéndole retirarla.

Volví a reír.

Callé en seco cuando el tembloroso dedo del letrado señaló el edificio.

¡Dios Santo! Era francamente horrible.

Quedaba como perdido entre pantanos, a merced de la más insignificante tormenta. Era un edificio de tres plantas, pero de techo altísimo, a juzgar por los enormes ventanales que aparecían en su fachada como blancos dientes de un gigantesco monstruo. Estrecho, como si no existiera terreno a los lados para edificar, de techo cónico, cuyas puntas desafiaban a las plumizas nubes que se arremolinaban en torno.

Dije:

—Parece medieval.

—Tiene comodidades: agua caliente, electricidad y teléfono. En la parte trasera hay un lago en el que se puede nadar y pescar.

—Y me imagino que habrá hasta cocodrilos. ¿Es posible que hayan podido vivir ahí sin padecer de claustrofobia?

—Es cómodo.

—No puede ser muy cómodo, porque no debe permitirle a uno desperezarse estirando los brazos, so pena de tocar los nudillos con las paredes.

—Se asombrarán cuando vean la casa por dentro.

—¿Más de lo que estoy ahora?

Como en todos los edificios, el musgo se enseñoreaba de la fachada, pero parecía sentir preferencia por aquel, puesto que la masa verde, marrón y negra, trepaba fieramente hasta las mismas ventanas colándose dentro furtivamente. Me imaginé alfombras de musgo en el suelo y tapices verdes en las húmedas paredes.

—¿No se la ha llevado nunca el aire?

—Es una magnífica construcción. Puede resistir muchos siglos todavía.

—Yo le garantizo que no. Se la cederé al primer hostelero que se presente.

Llegamos a un embarcadero en donde dos barcas dormitaban un letargo que, posiblemente, fuese eterno. Un perro aulló a lo lejos, en tierra firme.

Penetramos en la casa tras atravesar un portal feudal de puerta de hierro.

El notario accionó unos interruptores y la luz pareció estallar. No quedó rincón sin iluminar.

Pero no para bien, sino para mal...

Porque toda la fealdad quedó al descubierto.

Un guerrero armado nos vigilaba desde un descansillo de las escaleras;

un monstruoso reno decapitado nos contemplaba desde lo alto de una pared; un águila seca, de ojos de cristal, estaba posada sobre un tronco.

El notario dijo:

—Les mostraré toda la casa.

—Vendo.

—Véala antes... y después siga mis consejos: no venda.

—¿Qué hay en el segundo piso?

—Salas y dos habitaciones.

—¿Y en el otro?

—Exclusivamente habitaciones. ¿Insiste en que le desagrada?

Me desagradaba todavía más, pero desde dentro ya no parecía tan estrecha; podía muy bien compararse con cualquier castillo feudal de esos que intentaban encogernos el ánimo los realizadores de películas misteriosas.

Allí el buen Hitchcock se hubiese inspirado para su obra cumbre.

Armas por todos lados, espadas, plomadas de pesada bola con puntas, maza de armas, pistolete con hacha de armas, montantes de dos manos capaces de partir un dinosaurio por su propio peso, espada-estoques, espada-jinetas, mosquetes, trabucos, ballestas, alabardas, lanzas, dagas... Escudos de armas.

Todo colgado en las paredes, a excepción de las armaduras montadas, que como centinelas imperecederos, armados hasta los dientes, nos vigilaban atentamente desde los rincones.

Vermeer exclamó soñadoramente:

—¡Es maravilloso!

Y yo casi le fulmine con una mirada.

El notario acabó por marcharse, en mis manos dejó los títulos de propiedad... y los números de teléfono de las personas interesadas en adquirir la casa.

Miré cara a cara a mí rubio compañero.

—¿Cuál de ellos crees tú que puede ofrecerme más?

—¿Acaso no te gusta la casa?

—Me gusta horrores, pero como no tengo un mal penique, me siento obligado a vender.

—Puedes buscar trabajo.

Miré burlón a mí amigo.

—Tú sirves para la Filosofía y las Letras esas, pero no para los números, compañero. ¿Cuántas horas crees tú que necesitaré para ir de mi dormitorio al cuarto de baño, de este a la cocina, de la cocina al comedor y del comedor a la puerta? Media mañana. Media mañana. Y bien agotado, vete a trabajar, pero dile al patrón que no puedes hacer más que tres horas porque necesitas media tarde para cenar e irte a dormir. Has de venir

remando, después te queda la paliza de subir todas estas escaleras hasta la habitación...

—Yo te estoy hablando en serio. Conviértete en un De Groot.

—¡No pronuncies ese apellido!

Metí las manos en los bolsillos del pantalón e indolentemente me puse a pasear por el gran salón.

—Tengo hambre. ¿No tienes ningún familiar cercano?

—No.

—Pues tenemos que comer... y el viejo no me ha dejado ni para un emparedado. Claro que...

Mis ojos se habían clavado en un jarrón que permanecía en la mesa. No sé por qué se me antojó valioso y lo tomé en mis manos.

—¿Crees que nos darían algo por este jarrón chino?

—No es chino.

—Lo que sea. ¿Crees que tiene algún valor?

—Me imagino que sí.

—Pues vamos a buscar una casa de empeños o de antigüedades antes de que mis tripas se retuerzan del todo. Recordé de pronto el cuadro y dejé el jarrón sobre la mesa.

—¿Y el Rembrandt?

—¡No te atreverás a venderlo!

—Pero, ¿acaso crees de verdad que se trata de un Rembrandt?

Vermeer, mi amigo holandés, se tocó el puntiagudo e imberbe mentón con gesto pensativo.

—No sé; soy un neófito en pintura... pero no me extrañaría nada que lo fuera. Todo cuanto veo me parece de calidad, real. ¿Para qué iban a guardar tan celosamente, y en la pared principal del salón, una imitación?

—¡Caramba!

Me puse a contemplar la maravillosa pintura de la niña, que no era la «muchacha de la ventana», pero que era una muchacha y estaba en una ventana.

—¿Cuánto crees que puede valer?

Vermeer soltó un silbido y esta fue su contestación.

—En cuanto te hablo de números, siempre te muestras muy elocuente. De momento vamos a vender el jarrón.

Fui a buscarlo a la mesa.

Cuando me faltaban unos pasos para llegar, el jarrón, mal colocado por mí, empezó a rodar.

No llegué a tiempo de evitar el estropicio y mi sándwich de mantequilla y jamón quedó convertido en deplorables trocitos de porcelana.

Vermeer exclamó:

—¡Oh, cuánto lo siento!

Yo me encogí de hombros.

—A mí me da igual. Hay jarrones en esta casa para montar una tienda.

—De momento, todavía puedes contar con mi dinero. Aún me queda para poder desayunar, comer y cenar durante unos días.

—No puedo vivir a tus expensas, amigo.

—Tal vez más adelante pueda yo vivir a las tuyas.

—Para eso tendré que vender la casa.

—Puedes montar por tu cuenta un parador de turismo... o quizá un museo. Eso te permitiría ganarte el sustento y no abandonar tan maravillosa y artística mansión.

—¡Pero si en cuanto entre un turista con su transistor a medio volumen se derrumbarán las paredes! Esta casa fue construida hace por lo menos cinco siglos.

—Lo que la hace más atractiva.

—Tengo hambre de jamón, muchacho, no ganas de hablar. ¿Me invitas o me llevo el Rembrandt?

* * *

La conversación telefónica con un tal Van Hulst resultó ser de lo más esperanzadora que puede imaginarse.

—No venda a nadie antes de haber hablado conmigo, señor Stuart. Tengo gran interés en esa finca. Ya ve que le confieso mi apetencia y me pongo en sus manos para que pueda retorcerme hasta sacarme el último florín, pero lo hago para demostrarle que nadie podrá ofrecerle más que yo.

Yo mentí para hacer un buen negocio.

—Le advierto que ya tengo una propuesta que se eleva a las treinta y cinco mil libras esterlinas.

—Aguarde, señor Stuart, voy a su casa.

Colgué el teléfono y me quedé mirando a mí amigo.

—Empiezo a pensar que he tenido suerte. Ese individuo es capaz de llegar hasta cuarenta o cincuenta mil. ¿Te imaginas lo que haríamos con tal fortuna?

Vermeer se ponía triste cada vez que le hablaba de la venta. Estaba tomando cariño a cada una de las piezas que allí había, incluso de las paredes de la casa. Se pasaba una hora contemplando el Rembrandt, una hora observando las antiguas armas que pendían de la pared, una hora en los trofeos de caza, varias horas en la biblioteca...

Era media tarde cuando escuchamos el zumbido del motor de una lancha.

Nos asomamos a un ventanal y vimos una de aquellas embarcaciones de alquiler que traía a un hombre de mediana edad, pequeño y delgado, que en

contraste llevaba en la mano una enorme cartera.

—Debe ser el señor Van Hulst.

Y creo que no me equivoqué.

Es decir: seguro que no me equivoqué.

El señor Van Hulst despidió el taxi náutico y avanzó hacia el gran portal de hierro.

Yo acudí nerviosamente a abrirle.

La puerta estaba cerrada.

Miré a Vermeer.

—¿Dónde está la llave?

—¿Qué llave?

—La de la puerta.

Mi amigo llegó a mí lado y miró la cerradura.

—No es esa la que hemos utilizado nosotros, sino la de arriba. Quizá la hayas cerrado tú sin darte cuenta.

—A ver si resulta que nos encontramos en una casa encantada. Busquemos la llave.

El señor Van Hulst golpeó la puerta con la enorme aldaba.

La plancha de hierro dejó de escapar unas vibraciones que casi reventó nuestros tímpanos.

Grité:

—¡Espere, señor Van Hulst! ¡Estamos buscando la llave!

Vermeer juró no haber usado aquella cerradura, y yo juré solemnemente que tampoco lo hice.

El caso es que no encontramos la maldita llave.

Intenté violar la cerradura con la primera herramienta que encontré... pero tuve que ir a descolgar el montante de dos manos.

El acero era bueno y tan grande que, haciendo palanca, era capaz de hacer saltar la puerta de sus goznes.

Cuando mis manos intentaron apoderarse de la empuñadura, mascullé:

—¡Diablos! ¿Tú crees que alguien fue capaz de manejar un espadón de estos?

Vermeer acudió corriendo.

—¡Oh, por favor! No vayas a dañarla.

Me quedé mirando a mí amigo.

—¿De quién es esta casa? ¿Tuya acaso?

—Mía, no. Tampoco tuya.

—¡Vaya!

—Pertenece a los De Groot, a los que la han amado. Pertenece a la sociedad, a la humanidad entera.

—¡Narices! Vamos, ayúdame.

Pues no, señores.

Aquella gigantesca espada no quiso desprenderse de la pared.

Y juro que lo intentamos de todas las maneras.

—Un hacha.

Tampoco pudimos desprenderla.

Y es curioso, porque minutos antes Vermeer la había tenido en las manos, contemplándola a plena satisfacción.

Oí un ruido al otro lado de la puerta de hierro.

Grité:

—¡Un momento, señor Van Hulst!

Ya andaba yo desesperado y un tanto estupefacto cuando oí un suave tintineo metálico en el portal.

—¡La llave!

Pues sí, era la llave.

No sé dónde diablos debió estar colgada que no la vimos. El caso es que ahora estaba en el suelo.

La tomé, la introduje en la cerradura y abrí.

Vermeer me ayudó a empujar la enorme hoja de hierro.

—¡Señor Van Hulst!

El hombre pequeño, delgado, insignificante, yacía en tierra con la cabeza ensangrentada y una teja a modo de sombrero.

Vermeer reaccionó antes que yo y se arrodilló junto al caído.

—¡Está muerto!

Vermeer se incorporó y miró hacia arriba. La teja se había desprendido del alero del techo y desde aquella altura había resultado un mortal proyectil.

Dejamos el cadáver tal cual estaba y fuimos a avisar por teléfono a las autoridades competentes.

—Adiós a un buen negocio.

Otros dos individuos más se interesaban por el caserón. Pero se me antojaba que tardaría días en cerrar el trato con alguno de ellos, y mientras tanto necesitaba escuchar el tintineo de monedas en mi bolsillo.

La venta del Rembrandt se había convertido en una obsesión.

No sé si era verdadero o no, no sé lo que se pagaba por un cuadro de estos, pero estaba convencido de que podría conseguir una bonita suma.

Me acerqué al cuadro en cuestión, lo contemplé y me decidí.

En aquella maldita casa todo parecía imantado a la pared. Pude asir el marco por las dos escuadras inferiores, pero no quiso venir conmigo.

Rabioso tiré con fuerza y el montante se desarmó... y la preciosa tela se fue desgarrando con secos crujidos.

—¡Cielos!

Vermeer lo vio y rompió a llorar.

Apenas el juez, el fiscal y la policía se llevaron el cadáver, cuando me dispuse a tratar la venta de la casa por teléfono.

Vermeer, el holandés rubio, el romántico, el hombre capaz de llorar al ver roto un simple jarrón o una pintura, se colocó a mí lado.

Gimió:

—No la vendas. ¿No ves que la casa no lo quiere?

—¿Qué no quiere quién?

—La casa.

Le miré sorprendido.

—¿Te refieres a esas cuatro paredes empinadas cubiertas de musgo?

—A todo el conjunto. ¡Oh, creo que no puedes entenderme!

—Afortunadamente no, amiguito; de lo contrario tendría que aceptar como último grito de la moda masculina la camisa de fuerza.

El romántico holandés prosiguió:

—Estas paredes han albergado a los De Groot durante siglos. Observa qué bien se conservan. ¿Y sabes por qué? Porque también ellas han hallado el calor de una buena familia. Los De Groot han amado este rincón, y este rincón ha amado a los De Groot.

—Amen.

—No te burles. Y recapacita en todo lo sucedido. Quieres vender un jarrón y se te rompe. Quieres vender la casa y se presenta el comprador, pero no puedes abrir la puerta; espadas y hachas se niegan a ser descolgadas de la pared; de pronto una teja se desprende del alto techo, mata al posible comprador y entonces aparece la llave... Quieres vender el Rembrandt... y este se autodestruye. Creo... creo que jamás podrás desprenderte de la casa. Eres un De Groot, lo quieras o no.

Yo rumié aquellas palabras, reflexionando sobre todo cuanto me dijo Vermeer... pero no pude aceptar de ninguna manera, es claro, que fuese la casa, ¡la casa! la que jugaba aquellas ridículas y dramáticas escenas.

—¿Quieres decir que no es obra tuya?

—¿Mía?

—Estás enamorado de todo esto.

Vermeer me miró tan alarmado y dolorido que tuve que dejar de lado mis sospechas.

A cambio conseguí comunicarme con uno de los interesados. Quería construir un hotel con las características de la antigua mansión.

Me dijo por teléfono:

—Lo que menos me interesa son las piedras. Las piedras van abajo; pero sí que quiero todos sus adornos, ¿comprende? Intento...

Se cortó la comunicación telefónica. Y por mucho que lo intenté no

conseguí conectar de nuevo.

—Vermeer...

El muchacho estaba en la biblioteca. No podía haber sido él quien cortara el cable telefónico.

—¿Sucedo algo, De Groot? Te veo muy pálido.

—¡No me llames De Groot!

—Perdona.

—Han cortado la comunicación y me imagino que ha sido segando el cable por algún sitio. Sospecho... sospecho que no estamos solos.

Vermeer se puso a reír.

Para él era ridículo que yo pensara que alguien más estaba en la casa... encontrando lógica la creencia de que era la casa en sí la que «hacía» todas aquellas cosas.

Calmé mis nervios alterados y dije:

—Quieren construir un hotel y adornarlo con estas cosas tan horribles. Creo que conseguiré de todas maneras unos saneados beneficios. ¿Para qué querrán todo esto?

Un acústico estrépito nos hizo dar un salto.

Nuestros ojos se volvieron hacia el descansillo de la escalera y llegamos a tiempo de ver cómo la gigantesca armadura de la Edad Media se desmoronaba, se separaba en piezas y caía, rebotando por los peldaños.

—¿Quién anda ahí?

Como respuesta, el más absoluto silencio, solo roto por el repiquetear de los dientes de Vermeer.

Nos acercamos lentamente al descansillo.

No podía haber sido un humano, porque lo hubiésemos descubierto.

—Tal vez un gato. ¿Has visto gatos en la casa?

—No.

Una ventana se abrió de repente y penetró una gran bocanada de polvo y humo, de hollín más bien. Los dos pudimos ver cómo la negra nube se iba posando sobre todos los objetos afeándolos, casi cubriéndolos.

Apenas había salido yo de mi asombro cuando sentí que el piso fallaba bajo mis pies.

Tuve la sensación de presenciar un movimiento sísmico.

Y lo fue.

Con gran estruendo, la pared de la fachada se resquebrajó, dejando una larga herida que iba del suelo al techo y permitía ver el plomizo cielo del exterior.

Grité:

—¡Salgamos de aquí!

Mi amigo chilló:

—¡Es su autodestrucción!

Corrimos hacia la puerta de hierro que seguía abierta.

De pronto, esta se cerró antes de que la alcanzáramos. Misteriosamente, cerraduras y cerrojos entraron en acción, sin llaves ni manos.

—¡Por la ventana!

También se cerraron las ventanas. Aun así, tenían rejas. No hubiésemos podido huir.

—¡Diablos!

Vermeer no estaba tan asustado como yo. Él había creído en los sentimientos de la casa.

—Está resentida contra ti por tu desprecio.

Intentaba meterme a la fuerza sus palabras en mi cerebro.

En el techo algo crujió.

Fue Vermeer quien advirtió el peligro que se cernía sobre mí. Lanzó un grito y me empujó, alejándome del lugar donde me hallaba.

Un segundo después, una araña de cristal y acero se estrellaba contra el suelo con gran estrépito.

Me puse pálido y empecé a temblar.

Vermeer insistió:

—Todos los De Groot la han amado. La casa está acostumbrada a escuchar piropos. Me imagino que debe sentirse como el más antiguo de los criados. También quiere oír las complacencias de sus amos, al igual que la cocinera después de un buen guiso, al igual que el mayordomo por su servicio.

—¡No puedo creer en eso!

—Ha servido desde hace siglos a los De Groot. ¿Qué haría cualquier viejo criado que de pronto ve entrar a un déspota heredero que todo quiere malvenderlo y destruirlo?

—No puedo...

—Morirán todos cuantos vengan a negociar su compra. ¡Seguro que morirán! Y tú también morirás. Esas armas de las paredes se volverán contra ti...

Grité:

—¡Necesito pensar!

Y reconozco que se lo dije a la casa.

Y la casa se quedó escuchándome, quieta, silenciosa, atenta, esperando ansiosamente.

Creo que oí el latido de su pulso en el cemento, en las moles de piedra húmedas, en las vigas que como arterias cruzaban el techo.

Todo el cuerpo de la casa estaba expectante.

Dije a Vermeer:

—Me siento obligado a vender...

Pero reconozco que mi intención era hablarle a la casa.

—Puedes solucionarlo de otra manera.

También estoy seguro de que la casa se expresaba por mediación de mi amigo holandés.

—No tengo ni un penique...

Se rompió el silencio.

A mi espalda escuché un gemido de goznes y de arena.

Me volví y pude ver cómo un mural se descorría dejando el desnudo la pequeña puerta de lo que indudablemente era una caja fuerte.

Me quedé anonadado, incapaz de moverme.

Fue Vermeer quien se acercó hasta allí, abrió la puerta acorazada y dejó al descubierto un cofre.

Las manos del muchacho rubio se hundieron en su interior sin mucho entusiasmo y aparecieron repletas de monedas de oro.

—Ya no necesitas vender, De Groot.

—Pero...

Callé.

Mi amigo me animó.

—Dilo, De Groot. Juraría que todo está en vías de solución.

—Es que... antes me asustaba un poco esta casa, y ahora, con tanto polvo, con tanto destrozo... con esa pared que va a permitir que entre la tormenta y el frío...

Nuevamente el seísmo hizo acto de aparición, pero fue a la inversa, como si el tiempo diera marcha atrás.

La grieta de la pared desapareció.

Se abrió la ventana y un soplo de aire acarició todos los objetos liberándolos del polvo.

La tela de la pintura de Rembrandt se unió misteriosamente, se compuso el marco.

En las escaleras empezaron a rebotar con alegre campanilleo las piezas de la armadura guerrera y poco después el guerrero volvía a contemplarnos amablemente desde el descansillo.

Me pasé las manos por el cabello, emocionado, asombrado.

Era «buena persona» la casa, pese a haber cometido un crimen... que no era tal crimen ya que había tenido que actuar y matar en defensa propia.

Sonó el timbre del teléfono y tuvo que acudir a él Vermeer.

Escuchó, habló y me dijo:

—Es el individuo con el que habías estado hablando. Dice que se ha cortado la comunicación inexplicablemente y quiere ultimar los detalles.

—Dile que no vendo.

Cuando Vermeer pronunció tal sentencia al teléfono, el cielo se resquebrajó al igual que antes lo había hecho la pared, y sus rayos penetraron alegremente por la ventana inundándolo todo de luz y calor.

—¿Para qué quiero vender?

Y creí oír la risa emocionada y satisfecha de la casa.

A partir de este instante todo se me antojó bello.

Y mucho más cuando recibí una llamada telefónica en la que me dijeron que, pese a todas las apariencias, el señor Van Hulst no había muerto y que salvaría la vida.

* * *

Y bien, señores; aquí estoy, a pocas yardas del puerto de Nijmegen, Holanda; en la mansión de los De Groot.

Les invito a pasar el fin de semana en la casa más amable y acogedora del mundo.

Podrán admirar un Rembrandt auténtico y otras obras de arte valiosísimas y maravillosas.

Pero si vienen, no se les ocurra proponerme negocio alguno, ¿eh?

Y MORDER TU CUELLO

4

LOVIA mansamente.

Dos personas, cubiertas con sendos impermeables y resguardados los pies por chanclos de goma, caminaban sin prisas por una húmeda vereda cubierta en su mayor parte de hojas secas desprendidas de los árboles que había a ambos lados de la misma.

Tenues hilachas de vapor se arrastraban por entre los arbustos y matorrales que abundaban en el lugar.

La mayoría de los árboles habían perdido el follaje y sus ramas se alzaban desnudas hacia un cielo encapotado que, sin embargo, daba muestras de aclarar por algunos puntos.

Ruth Talbot, de mediana estatura, rubia, delicada, de ojos azules, se detuvo un instante y miró hacia arriba, a través de dos árboles deshojados por el otoño.

Habló con voz suave y apacible.

—Esta noche el cielo estará despejado. Nos encontramos en plenilunio y las nubes se retirarán por completo.

Su acompañante exclamó:

—¡Caramba! Pareces una experta en meteorología. ¿Cómo lo sabes, Ruth?

—Oh, llevo ya algunos años viviendo en la región. Siempre es así.

Jack Nolan sonrió.

—Bueno, la verdad es que la lluvia, en otoño, siempre que no haga demasiado frío, como ahora, resulta agradable a veces, pero también llega a cansar. Tengo ganas de ver el sol, Ruth, te lo digo sinceramente.

—El cielo despejado durará lo que el plenilunio. Cuando descarguen las nubes, ya será nieve lo primero que caiga.

El hombre suspiró.

—A mí me cogerá lejos de aquí.

—Estás deseando irte a Londres...

—Sí.

—Tienes mucha suerte.

Jack miró a la muchacha como si la viera por primera vez.

—Ruth...

—¿Qué?

—¿No te gustaría abandonar Davenport Manor y venirte conmigo a

Londres?

—¿Y abandonar también a Jezabel?

—Desde luego.

Ruth suspiró.

—Ya conoces cuál es mi situación. Me guste o no, tengo que seguir al lado de mi hermana e ir con ella a dondequiera que vaya. No puedo hacer otra cosa y tú lo sabes muy bien.

Jack asintió.

Ruth se refería a su hermanastra Jezabel Davenport, dueña de Davenport Manor y de las tierras que rodeaban la mansión, así como de una saneada fortuna hábilmente invertida y no menos hábilmente administrada.

Ruth no tenía un solo penique suyo, literalmente hablando.

Ruth era una acogida por caridad en Davenport Manor.

A Jack, sin embargo, le gustaba Ruth mucho más que la bella pero altanera Jezabel.

Pero Jack no había acabado aún de establecerse y por dicha razón no quería formular a Ruth su propuesta de matrimonio. No deseaba que la joven pasara privaciones.

Al menos, en Davenport Manor tenía todo cuanto podía necesitar. Jezabel no compartía su fortuna con su hermanastra, pero tampoco se mostraba tacaña con ella.

—Un día vendré a buscarte y te llevaré conmigo, Ruth.

La muchacha se sonrojó.

También sabía que Jack luchaba por abrirse paso en la vida y que acabaría por conseguir una posición saneada y estable.

—Te esperaré, Jack.

Jack tomó su mano, que ella no retiró.

Así, callados, caminaron cincuenta pasos más, hasta que, de pronto, la vereda se acabó y desembocó en un pequeño cementerio rodeado por una tapia medio en ruinas y con una puerta, cuya oxidada verja de hierro aparecía desvencijada y a punto de caerse.

Ruth dijo:

—Este es el cementerio de la familia.

Jack hizo un gesto de desagrado.

—No parece muy cuidado.

—Yo hago lo que puedo... pero he de limitarme a tener las tumbas limpias de hierbas y matojos. A Jezabel los muertos le tienen sin cuidado. Nuestra madre está enterrada en un cementerio de Londres, lo mismo que mi padre. El padre de ella sí está enterrado aquí.

—Curioso.

—¿Qué es curioso?

—Que Jezabel no quisiera que su madre descansara en el cementerio de

la familia.

—No fue Jezabel, sino nuestra propia madre, la que antes de morir expresó su deseo de ser enterrada en cualquier parte que no fuese el cementerio de Davenport Manor.

—¿Por qué?

—Son... cosas de familia, Jack.

Jack se dio cuenta del tono evasivo de Ruth y, discreto, no quiso hacer más preguntas.

Ya estaban ante la verja, la cual aparecía abierta a medias, con el espacio suficiente para que una persona pudiera pasar sin agobios.

Ruth fue la primera en entrar en el cementerio.

Jack la siguió a continuación.

En el cementerio, en efecto, aparecían bastante bien cuidadas, limpias de hierbajos las tumbas y con un césped recortado igualitariamente en los espacios que había entre las mismas.

Al fondo, adosada a la tapia medio derrumbada, se veía la pequeña capilla del cementerio, cuya puerta de madera claveteada estaba cerrada en aquellos momentos.

Ruth dijo:

—La capilla no contiene nada de particular; solo un altar y dos candelabros. Cuando hay que celebrar un servicio fúnebre, el pastor de Greenlare trae todo lo necesario.

Jack asintió.

En silencio, fue recorriendo con Ruth las tumbas, leyendo sus inscripciones y enterándose de alguna de las particularidades de las personas allí enterradas.

Ruth dijo:

—Yo no tengo aquí antepasados. Mi madre no era una Davenport sino por matrimonio. Cuando murió su primer esposo, es decir, el padre de Jezabel, se fue a vivir a Londres. Raras veces venía por aquí y muy poco después se casó por segunda vez con mi padre.

—¿Hace mucho tiempo que murió tu madre?

—Bastante. Tenía yo unos catorce años. Los médicos no pudieron atajar aquella anemia perniciosa que se la llevó a la tumba en pocas semanas. Mi padre murió dos años más tarde, en un accidente de automóvil.

Jack hizo un gesto de pesar.

De pronto, se detuvo ante una tumba rematada por una lápida de piedra hincada verticalmente en el suelo.

Había una inscripción en la lápida, en la que se decía que Elizabeth Davenport había nacido en 1815 y fallecido en 1850, es decir, a los treinta y cinco años de edad.

Pero no fue esto lo que chocó a Jack, sino la extraña corona que había

en el suelo al pie de la tumba.

Se inclinó sin poder contenerse y rozó con los dedos los dientes de ajo de la singular corona.

—Ruth...

La muchacha acudió en el acto.

—¿Ocurre algo?

—Estos dientes de ajo...

Ruth rio suavemente.

—Oh, es el estrambótico de Barnaby, el mayordomo. Siempre lo hace cuando va a empezar la fase de la luna llena.

Jack se incorporó.

—¿Qué hace?

—Poner ahí esa corona de dientes de ajo.

Jack arrugó el ceño.

—Ruth, si no recuerdo mal, las leyendas dicen que los dientes de ajo son el remedio más eficaz para evitar que un vampiro salga de su tumba o entre en una habitación para atacar a un mortal común y sorberle la sangre.

—Tienes razón.

—Entonces... ¿cómo se entiende...?

—La bisabuela de Elizabeth no era inglesa. Había nacido en Transilvania y la gente de la comarca le había atribuido fama de mujer vampiro, en el más estricto sentido de la palabra. Según tengo entendido, algunos niños aparecieron degollados a mordiscos y con las venas vacías de sangre, pero es que entonces abundaban mucho los zorros y gatos monteses por esta comarca. Tú sabes que esos animales de presa lo primero que hacen es sorber la sangre de sus víctimas. Aún ahora, de cuando en cuando, aparecen ovejas degolladas y sin una sola gota de sangre en las venas.

—Comprendo. Son supersticiones de Barnaby, el mayordomo.

—Exactamente, Jack. Yo no creo en ellas, te lo digo francamente, pero si al bueno de Barnaby le complace, ¿por qué vamos a prohibírselo?

—Claro.

Jack se quedó pensativo.

—Transilvania, según se dice, está considerada como la patria de los vampiros.

—Sí, pero aquí estamos en Inglaterra y en una época en que los hombres han desembarcado en la luna. ¿Volvemos a casa, Jack?

Él le dirigió una cálida sonrisa.

—Sí, Ruth, vamos.

* * *

Cuando llegaron a la mansión, su dueña, Jezabel Davenport estaba en el

salón, conversando con dos invitados, no lejos de la chimenea, donde, a pesar de no hacer demasiado frío todavía, ardía un buen fuego de leña.

Jezabel era una bella joven de veintisiete años, figura escultural y elevada estatura, vestida con negligente elegancia que hacía resaltar aún más su singular belleza. Tenía los cabellos intensamente negros y las pupilas de sus ojos, grandes, rasgadas, profundas, eran del mismo color. La piel de su cara, así como la de sus manos, de dedos largos y bien conformados, era sumamente blanca.

Daba la sensación de ser una mujer sin sangre en las venas.

Jack no comprendía aún cómo una joven de su edad no se había casado todavía.

Tal vez, se dijo, por temor a caer en las garras de un cazador de fortunas sin escrúpulos.

Sin embargo, tenía dos pretendientes, a ninguno de los cuales se podía calificar de cazadores.

Jezabel les había invitado a pasar el fin de semana en la mansión.

Ambos eran algo mayores que ella y poseedores de saneados capitales.

Jack tenía la certeza de que la invitación estaba por el deseo de Jezabel de conocer mejor a ambos.

A fin de cuentas, a los veintisiete años, era lógico que una mujer, hermosa y adinerada, empezase a pensar ya seriamente en el matrimonio.

Jack y Ruth entraron en el salón cuando ya anochecía, tras haberse despojado de los impermeables y los chanclos.

Los ojos de Jezabel se iluminaron al verles.

—¿Os habéis divertido paseando bajo la lluvia?

Los dos invitados se habían levantado al entrar Ruth y volvieron a sentarse cuando la muchacha lo hizo, no lejos del fuego.

Jack respondió:

—Ha sido un paseo muy saludable. De cuando en cuando, conviene sumergirse un poco en la naturaleza, aunque esté lloviendo. Por otra parte, dejó de llover cuando veníamos. Esta noche habrá luna llena.

—Interesante.

Jezabel dijo esto con aire de importarle muy poco lo que pasara aquella noche.

—Añadió:

—¿Visteis algo atractivo?

—Sí. Una tumba.

Jezabel enarcó las cejas.

—¿Una tumba?

—Sí, la tumba de tu bisabuela Elizabeth.

—¡Ah, sí, la mujer vampiro! Apuesto a que había una corona de dientes de ajo en la tumba.

—En efecto. Y Ruth me explicó el por qué de ese hecho tan singular.

Jezabel sonrió.

—El pobre Barnaby... Es una manía suya, inofensiva por otra parte. No encontramos motivos para prohibírselo.

Gary Lester, uno de los invitados, preguntó:

—¿Por qué ha puesto el mayordomo una corona de dientes de ajo en la tumba?

—Mi bisabuela Elizabeth procedía de Transilvania. Las gentes de la comarca decían que sorbía la sangre a las personas, en especial a los niños. Barnaby lo había oído siendo muy pequeño, y después de entrar a nuestro servicio ha venido realizando ese fúnebre rito siempre que se acerca la época de plenilunio.

Jack añadió:

—Eso impide que el vampiro salga de su tumba.

El otro invitado, Sal Prince, meneó la cabeza.

—Nunca creí que en nuestros días se dieran semejantes supersticiones. Eso es cosa de gentes sin cultura, créeme, Jezabel.

—Ya lo sé, pero a mí no me molesta en absoluto, Sal.

Gary Lester preguntó:

—¿Qué pasaría si el vampiro saliese de su tumba y empezase a hacer de las suyas? Quiero decir... ¿podría matársele de algún modo? Bueno, esto en el caso de que las leyendas, en las cuales no creo en absoluto, fuesen realidad.

Jezabel dijo:

—Bien, puesto que el vampiro no es un muerto, pero tampoco un vivo, como nosotros, es preciso despojarle de esa cualidad de vampirismo... cosa que, también según las leyendas, agradecen ellos mucho, porque al fin descansan en la paz eterna. Se emplea la estaca de madera aguzada, que se les clava en el pecho durante el día, porque, aunque estén despiertos, no pueden moverse... o bien una bala de plata... o la decapitación de un solo golpe.

Jack declaró:

—Y como remedio para sus merodeos, mientras siguen siendo vampiros, se emplean los crucifijos, el agua bendita, las ramas de boj y los dientes de ajo.

Jezabel rio estrepitosamente.

—Pero no hay cuidado; la leyenda de mi bisabuela era eso solamente; una leyenda... La realidad son los animales salvajes que había y aún hay en la comarca, porque quedan algunos zorros y gatos monteses.

Sal Prince manifestó:

—Yo he oído decir que un vampiro practica con los colmillos dos incisiones en la yugular de su víctima. Por tanto, su mordedura no puede

confundirse con la de un animal salvaje, que destroza el cuello de su presa.

Jezabel dijo:

—Seamos prácticos, Sal. Imagínate que tú eres un vampiro y tratas de morder en el cuello a una persona. ¿Podrías hacerlo con los colmillos solamente, de modo que no quedasen huellas sino de dos simples picaduras? Eso es leyenda, nada más. Personalmente opino que si un vampiro muerde a su víctima, le destroza el cuello con los dientes.

—Tienes razón.

Sal Prince miró a Jezabel, que seguía sonriendo.

En los ojos de la joven creyó ver una chispa incitante que le hizo sentirse el elegido de ella.

Jack también miraba a Jezabel y se fijó en su dentadura, de dientes muy blancos, iguales y parejos.

Jezabel podía ser una descendiente de Elizabeth, la mujer vampiro, pero con aquellos colmillos no podría rasgar más allá de un buen filete, debidamente troceado con el cuchillo.

Barnaby, el viejo mayordomo, entró en aquellos momentos y anunció que la cena estaba servida.

Jezabel se puso en pie.

—Ruth ya tiene su pareja, pero si yo ofrezco el brazo a uno solo de los restantes caballeros, el otro quedará de sobra y eso no debe ser. Gary, a mí derecha. Sal, a mí izquierda.

Y salió, llevando del brazo a sus dos pretendientes, mientras Ruth y Jack les seguían en silencio.

* * *

La noche era clara, luminosa.

Tal como había predicho Ruth, las nubes se habían alejado por completo y la luna, a punto de entrar en el plenilunio, brillaba radiantemente.

Las cortinas del dormitorio de Jezabel estaban corridas.

La puerta había sido cerrada con doble vuelta de llave.

Jezabel se acercó a una cómoda y abrió uno de los cajones. Estaba vestida con una bata de flotantes velos, casi transparente, que ocultaba a penas sus formas esculturales.

Sacó del fondo del cajón un objeto de forma cuadrangular, forrado de terciopelo rojo.

Los dedos de Jezabel presionaron el resorte del estuche, cuya tapa se abrió en el acto.

Dos objetos de forma aproximadamente semicircular, brillantes, plateados, aparecieron ante sus ojos.

Eran dos dentaduras postizas, cada una de las cuales se acoplaba a una

de sus mandíbulas, sobre los dientes naturales.

Jezabel manipuló hábil y diestramente.

Abrió y cerró las mandíbulas un par de veces, haciéndolas entrechocar con siniestros sonidos.

Luego, satisfecha, dio media vuelta, sin mirar siquiera al espejo que había sobre la cómoda.

Se dirigió hacia la puerta y apagó la luz.

Luego hizo girar la llave de la cerradura.

* * *

A Sal Prince le gustaba dormir con la ventana abierta en cualquier tiempo.

La luz de la luna entraba a raudales en la habitación.

Sal dormía profundamente, pero de pronto oyó un ligero ruidito y se despertó.

Alguien entraba en el dormitorio.

Sal se incorporó a medias en la cama, quedando apoyado en un codo.

—¿Quién anda ahí?

La blanca figura que se deslizaba sin hacer ruido sobre el pavimento dijo:

—¡Chist...! No grites, Sal, soy yo.

—¡Jezabel!

La presencia de la hermosa dueña de Davenport Manor en su dormitorio le hizo concebir algo más que esperanzas.

¡Él había sido elegido, no cabía la menor duda!

Jezabel venía en persona a demostrárselo.

Sal se sentó en el lecho.

—Jezabel...

Ella se sentó a su lado. Estaba envuelta en un aura de perfume embriagador.

—Querido...

Al mismo tiempo tendía sus brazos como cálidas y flexibles serpientes.

Sal la estrechó fuertemente.

Jezabel se dejó abrazar, oculta la cara en su hombro.

—¡Amor mío!

El hombre, lleno de pasión, sentía contra su pecho el turgente contacto de los senos de Jezabel.

Los labios de Jezabel se entreabrieron lentamente.

Los dientes de plata brillaron un instante en la penumbra del dormitorio antes de hundirse con fuerza en la garganta de Sal.

Jack se despertó de pronto, como obedeciendo a una extraña causa cuyo origen no sabía a qué atribuir.

Miró hacia la ventana; la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor.

Jack se puso en pie, se calzó unas zapatillas y se envolvió en una gruesa bata.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par, respirando a pleno pulmón el fresco aire de una noche clara y sin nubes.

De pronto creyó percibir un olor extraño.

Parecía tejido quemado.

Arrugó la nariz varias veces mientras aspiraba el aire con fuerza.

La sensación de ropa ardiendo en alguna parte desapareció, sin embargo, muy pronto.

Elevó los ojos hacia la luna.

Recordó la conversación de la víspera y sonrió.

¡Vampiros, qué absurdo!

El relente de la noche le hizo estremecerse de pronto.

Cerró la ventana y se volvió a la cama.

Estaba tomándose unas cortas vacaciones y le convenía descansar.

En cuanto al olor de ropa quemada, ya lo había olvidado.

* * *

Los camilleros de la policía se llevaron el cadáver.

Jack había visto durante unos momentos la horrible escena del dormitorio y sabía que no olvidaría jamás aquel espeluznante espectáculo.

Sal Prince había muerto con la garganta desgarrada. Las ropas de la cama estaban empapadas de sangre.

Avisada la policía de la ciudad más cercana, se habían presentado con gran rapidez.

Las investigaciones no dieron resultado alguno; tampoco los interrogatorios de los habitantes de Davenport Manor.

El oficial encargado de dirigir las pesquisas se había inclinado, finalmente, por la tesis del animal salvaje que había subido a la habitación a través de la ventana abierta y atacado a Sal durante su sueño.

Lo raro es que no se viesen huellas de sus patas...

Pero las señales de mordedura eran evidentes.

Si no había sido un gato montés, ¿qué otra cosa podía haber sido?

Los habitantes de la casa: la dueña, su hermana, los invitados y la servidumbre estaban fuera de toda sospecha.

El oficial de policía dijo que era necesario investigar los antecedentes de

Sal Prince.

Sería una mera rutina, pero había que hacerlo, afirmó, a pesar de que estaba convencido de que el autor de la muerte de Sal era un gato montés.

Gary Lester abandonó la mansión apenas se lo permitieron.

Jezabel no hizo nada por retenerlo.

A Gary Lester no le gustaban las casas demasiado solitarias, ni aunque su dueña fuese una mujer joven, rica y hermosa.

Jezabel le dejó marchar sin el menor reproche.

Jack se quedó.

Ruth le atraía sobremanera y, además, sabía que la joven necesitaba de apoyo y consuelo en aquellos momentos tan trágicos.

El espantoso suceso la había afectado profundamente y Jack estaba dispuesto a aliviar su aflicción en la medida de lo posible.

La servidumbre murmuraba en voz baja.

Una vez se hubo marchado la policía, Barnaby y los demás criados se retiraron.

Jezabel, Ruth y Jack se quedaron en el salón, donde las llamas ardían melancólicamente en la chimenea.

Jezabel, como ensimismada, dijo:

—Un nuevo motivo para el incremento de la leyenda de Davenport Manor. Y todo, por culpa de un animal salvaje. Tendré que ofrecer una recompensa a los campesinos por cada gato montés o zorro que cacen.

Jack miró a la joven.

Recordaba muy bien la intensa palidez del rostro de Jezabel. Se había fijado en ello la víspera. A pesar de su espíritu vivo y animado, Jezabel parecía una mujer carente de sangre.

Ahora, en cambio, tenía las mejillas sonrosadas y los dorsos de sus manos habían perdido aquella casi espectral transparencia, que daba la sensación de que los huesos se iban a ver en cualquier momento. En cuanto a sus labios, sin retoque alguno, poseían ahora un intenso color rojo, estallantes de vida, abundantes en riego sanguíneo...

Unos labios ricos en sangre...

Jack se estremeció.

Una horrible sospecha se infiltró en su mente.

¿Y si la leyenda era una realidad?

* * *

Desde la ventana de su cuarto, Jack vio a Jezabel hablando con el jardinero.

Ambos discutían sobre la forma de preparar las plantas de adorno para el invierno que se avecinaba.

Luego, caminando por el sendero central, se dirigieron hacia el cercano invernadero, en cuyo interior desaparecieron poco después.

Aquella era la ocasión que Jack estaba aguardando.

Rápidamente, salió de su cuarto y se encaminó hacia el de Jezabel.

Abrió la puerta cuidadosamente y cerró a sus espaldas.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la chimenea.

Aunque la mayoría de los dormitorios tenían chimenea, la casa disponía de calefacción central. Solo se encendía la chimenea del salón y ello más bien a efectos decorativos que porque realmente hiciera falta el calor de los leños ardiendo.

Se arrodilló junto a la chimenea.

Había en ella algunos rastros de cenizas ya fríos.

Con las yemas de los dedos, Jack hurgó en las cenizas hasta encontrar un trocito de tejido no mayor que la uña de un pulgar.

Era tul.

Sopló la ceniza que lo envolvía y apareció el color blanco del tejido.

Satisfecho, lo guardó con todo cuidado, se puso en pie y se sacudió el polvo de las manos.

Luego miró a su alrededor.

Tras algunos tanteos por diversos muebles de la estancia, se fijó en la cómoda.

* * *

Ruth oyó los nudillos en la puerta y se levantó para abrir. Cuando vio a Jack en el umbral se sorprendió muchísimo—. ¡Jack! ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar contigo, Ruth. Es muy importante.

La joven se echó a un lado.

—Está bien. Pasa.

—Gracias.

Ella cerró la puerta y se volvió a mirarlo.

Jack sacó el trozo de tejido.

—He encontrado esto en la chimenea del dormitorio de Jezabel.

La muchacha examinó el fragmento de tela.

—Es tul blanco.

—Sí, lo sé. Procede del peinador de Jezabel.

—¡Qué cosa más rara! ¿Por qué lo habrá quemado, Jack?

Jack la miró fijamente.

—Ruth, sé fuerte. Jezabel asesinó a Sal Prince.

Los ojos de Ruth se dilataron.

—¡No!

Jack movió la cabeza repetidas veces arriba y abajo.

—Sí, Ruth. Las pruebas son irrefutables. Lo siento, pero no se puede negar la evidencia. También he encontrado otra cosa en su cuarto.

Sacó el estuche de terciopelo y lo abrió.

Ruth retrocedió un paso horrorizada.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—Unas dentaduras supletorias, de plata, al parecer, lo cual evita la oxidación. Los colmillos son extremadamente aguzados y el resto de los dientes tienen un filo sumamente cortante. Para Jezabel resultó sencillísimo destrozar la garganta de...

—¡No! No sigas, Jack...

Ruth sollozaba, temblando convulsivamente de pies a cabeza.

—Pero, ¿cómo ha podido Jezabel...? A pesar de todo, no lo creo.

Jack meneó la cabeza.

—Tienes que convencerte de la triste realidad, Ruth. Fíjate en ella cuando la veas. Repara en el magnífico color de su cara, de sus labios... Anoche parecía anémica, ¿lo recuerdas?

—Sí. Pero, entonces, ella... la sangre del pobre Sal...

—Parte se la bebió Jezabel, parte se derramó por la cama y parte manchó su peinador. Por eso lo quemó en su chimenea. Yo percibí el olor a quemado, pero no le di importancia ni lo relacioné con el suceso, hasta que advertí que las mejillas de Jezabel tenían un color inusitado... ¿Comprendes ahora a qué se debe lo sonrosado de su tez?

Ruth asintió en silencio.

—Ahora comprendo por qué mi madre murió de anemia. Mi padre la... la... Jezabel ha heredado las características de vampirismo que la bisabuela Elizabeth trajo de Transilvania y transmitió a sus descendientes.

—Así debe ser. Quizá se le ha despertado tardíamente su afición a la sangre humana, pero una vez que la ha probado, ya nada la detendrá en lo sucesivo. Es preciso hacer algo, Ruth.

Ella le miró a los ojos.

—¿Qué me sugieres, Jack? Di lo que sea, sin reparos, confío plenamente en ti.

Jack demoró la respuesta unos segundos.

—Es triste y doloroso decirlo, pero no hay más que una solución.

Hubo un momento de silencio.

Ruth se estremeció vivamente.

—¿Qué solución?

—Tiene que morir.

—¿Morir?

—Sí.

—Si muere Jezabel... yo seré entonces la heredera de Davenport Manor. Mi padre le dejó todo a ella.

A Jack le extrañó sobremanera que pensara en aquellos momentos de tribulación en cuestiones de dinero. Pero, se dijo, era un acto instintivo. Además, bien mirado, Ruth estaba en lo cierto. Jezabel poseía una fortuna... y él sabía que no desagradaba a Ruth.

Todo se podía combinar.

Lo útil con lo agradable, el beneficio con el hacer un bien a la gente y librarla de un peligroso vampiro que no dejaría de cometer horrendos crímenes mientras viviera.

—Eso es ahora lo de menos, Ruth. Es preciso hacerlo cuanto antes.

—¿Te encargarás tú, Jack?

Jack no vaciló un momento.

—Sí, déjalo en mis manos.

La abrazó estrechamente con repentino impulso.

—Ruth, te quiero.

—Y yo también a ti, Jack.

—Nos casaremos cuando Jezabel haya... haya... ¿entiendes?

—Sí, querido, lo que tú digas.

Jack se separó de la muchacha.

—Voy a devolver la dentadura a su sitio. No quiero que Jezabel sospeche nada.

Ella detuvo su mano un momento y le miró sonriendo.

—Voy a ser la mujer más feliz de la tierra.

Jack hizo un gesto de asentimiento.

—Yo me encargaré de ello, cariño. Pero no te enojés si durante algunos días ves que cortejo a Jezabel.

—Por supuesto, ¿cómo... cómo lo harás?

Jack dudó un instante.

—No es que sea supersticioso, pero no estará de más que me encargue de fundir una bala de plata.

* * *

La luna brillaba en todo su esplendor y su luz entraba a raudales por la ventana.

Tendido en el lecho, Jack aguardaba pacientemente.

Esperaba que la labor de los días precedentes diese su fruto. Jezabel parecía haberse sentido muy halagada por el continuo cortejo de que había sido objeto. Incluso había comentado despectivamente la cobardía de Gary Lester.

Jack sabía que Gary Lester había obrado muy prudentemente.

De lo contrario, era muy posible que también estuviera muerto a estas horas.

En cuanto a Jezabel...

¡Su rostro había empezado a palidecer de nuevo!

La había observado en el comedor.

Jezabel apenas si probaba los alimentos y solo comía vegetales. Ello corroboraba su hipótesis.

Lo único que no acababa de entender era cierto fallo en la leyenda. Los vampiros dormían de día y solo por las noches salían a realizar sus execrables crímenes. ¿Por qué, pues, Jezabel hacía una vida enteramente normal, salvo sus remilgos en la comida?

Quizá era, pensaba, que estaba en los comienzos de su vida de vampirismo.

La enfermedad, si así podía llamarse, había empezado a desarrollarse tal vez por herencia cuando Jezabel vivía como una persona normal y corriente.

Solo cuando muriese y fuese sepultada abandonaría la tumba por las noches de plenilunio para buscar víctimas con las cuales saciar su avidez de sangre humana.

No era una explicación demasiado satisfactoria, pero Jack no encontraba otra.

A fin de cuentas, tampoco importaba demasiado.

Y con la muerte de Jezabel se acabaría la dinastía de vampiros «importada» de Transilvania con la abuela Elizabeth.

Haría dos cosas igualmente útiles: libraría a la humanidad de un monstruo y procuraría la felicidad de Ruth, porque la muchacha tendría no solo un marido amante, sino también una magnífica fortuna.

Por supuesto, los beneficios serían mutuos.

La puerta del dormitorio se abrió súbitamente.

Jack, a través de los párpados entrecerrados, divisó una sombra blanca, fantasmal, que avanzaba silenciosamente hacia el lecho.

Fingió despertar en ese momento.

—¿Eh? ¿Quién es?

Jezabel susurró:

—No hagas ruido, Jack. Soy yo...

Jack se sentó en la cama.

—¡Jezabel!

—Habla en voz baja, querido.

—Pero...

—Por favor, Jack. ¿No te gusta que haya venido a verte a tu dormitorio?

Jezabel estaba ya al borde de la cama.

Jack observó el extraño brillo de sus ojos.

—Me encanta, pero...

Ella se sentó a su lado, extendiendo los brazos hacia él.

—Tenía tantos deseos de estar a solas contigo. ¿Te disgusta?

Jack sonrió.

—En absoluto. Es más, me siento infinitamente halagado.

—Entonces, abrázame, querido.

Jack observó que la joven hablaba sin despegar apenas los labios.

Era lógico, no podía abrir bien la boca hasta el último instante.

El joven tanteó bajo la almohada con la mano derecha para empuñar la pistola que tenía allí guardada.

Jack percibió cerca de su cuello el cálido y perfumado aliento de la joven y sintió los latidos de su corazón.

Movió la mano derecha y apoyó la boca del arma en el costado izquierdo de Jezabel.

Luego, apretó el gatillo.

* * *

Los campos estaban nevados y parecían de plata bajo la luz de la luna. El aire estaba completamente calmado y la nieve de las ramas de los árboles parecía de cristal. El frío era extremado, aunque perfectamente soportable merced a la ausencia de viento.

El ruido de un motor rompió el silencio de la noche.

Ruth, sentada junto a la chimenea, alzó la cabeza.

—¡Ya está ahí!

Los sirvientes estaban acostados hacía rato. Ella misma fue a abrir la puerta.

Jack se apeaba del auto en aquel momento.

Corrió hacia la muchacha y la estrechó entre sus brazos.

—Estoy libre.

Ruth hundió la cabeza en su pecho.

—Me siento infinitamente feliz. Cuéntame cómo ocurrió querido.

—Espera un momento, cariño.

Jack se despojó del sombrero y el abrigo, y los lanzó sobre una silla del vestíbulo. Luego enlazó a la chica por el talle.

—Vamos al salón.

Habló mientras caminaban.

—El jurado se impresionó muchísimo. Era lógico. Jezabel había ya cometido un asesinato y se disponía a cometer el segundo. No tiene, pues, nada de extraño, que yo defendiera mi vida.

—Sí, pero, ¿qué dijeron de la bala de plata?

—Bueno, me tacharon de supersticioso, pero nada más. A fin de cuentas, tanto mata una bala de plata como una de plomo, ¿no te parece? Lo achacaron a un exceso de precauciones, por supuesto. Yo insistí en que

creía firmemente en la leyenda de los vampiros y... ¿quién podía demostrar lo contrario? Naturalmente, en ningún momento se me ocurrió acusar a Jezabel de vampirismo, es decir, dar a entender que ya sabía que ella tenía esa extraña afición. Siempre sostuve que creía que había vampiros en Davenport Manor... y otros muchos testigos, entre ellos Barnaby, también afirmaron lo mismo, así que lo único que había que deplorar era la locura de tu hermana, que, a los ojos del público, apareció como una demente, atacada de semejante manía. Cuando a uno le atacan de noche, ¿qué otra cosa pude hacer sino defenderse?

Ruth sonrió.

—Justamente. ¡Pobre Jezabel! En medio de todo, no era tan mala. Un poco orgullosa... pero buena y compasiva en el fondo.

—Ahora descansa en paz. Querida, nos casaremos muy pronto, pero no me gustaría vivir en Davenport Manor.

—A mí me gusta, pero si tú lo prefieres...

Jack la estrechó de nuevo entre sus brazos.

—¡Al diablo con todo! Lo mismo da aquí que en cualquier otra parte. Ya no hay vampiros que nos molesten, querida.

Ella no contestó.

Los fuertes brazos de Jack la oprimían contra su cuerpo.

Jack la besó en una mejilla y luego, juntó la suya con la de ella.

Ruth movió ligeramente la cabeza.

La bajó un poco.

El cuello de Jack estaba al alcance de su boca...

Entonces, por primera vez en todo el tiempo, despegó los labios y dejó al descubierto su dentadura de plata, de agudísimos colmillos.

Y mordió en el cuello, clavando los dientes en la carne, desgarrando la yugular, destrozando fieramente los tejidos...

REGRESO A LA TUMBA

A

NA María Corveil-Melun Gironder había sido hermosa, había sido alegre, había sido vivaracha y allá por dónde ella pasaba, quedaba flotando en el aire, prendida por hilos invisibles, una estela de placer, de alegría de vivir, de satisfacción...

Ana María Corveil-Melun Gironder debió nacer para no morir.

Su sola presencia significaba la vida.

Y sin embargo, la tarde anterior, martes, trece de abril de mil novecientos setenta y cuatro, fue encontrada muerta.

La noticia se extendió velozmente por toda la Picardía.

Llegó a los pequeños pueblos, a las ciudades provincianas...

Redoblaron campanas, que desgranaron sus fúnebres sonos como si cada «ding-dong» fuera una lágrima, fría lágrima, vertida por el metal.

Los hombres, en el campo, interrumpieron su dura labor. Se pasaron el antebrazo por la frente y su mirada se clavó en el lejano campanario que sobresalía sobre la mancha gris y amarronada de las casas.

—¿Qué ha pasado?

—Tocan a muerto...

—Sí... ¿Quién habrá muerto?

Al atardecer, al regresar a sus casas, cansados, pero curiosos, supieron la noticia.

—Ha muerto Ana María Corveil-Melun...

—¿La esposa de Gironder?

—Sí, la esposa de Gerard Gironder.

La respuesta creaba un mohín de disgusto.

Aquella aclaración, «la esposa de Gerard Gironder», era algo más que una simple frase. Estaba cargada de significado para la gente de la comarca de Noyon, donde se encontraban las tierras de los Corveil-Melun.

¿Quién era Gironder?

¿Quién era Gerard Gironder?

Dos años antes, cuando se celebró la boda, el cura de Noyon explicó:

—Yo diría que es un simple medicucho... un ambicioso; por esto se ha casado con Ana María.

—¿Usted cree?

—Sí. Espero que nuestra buena Ana María no se olvide de sus diezmos y limosnas... Rezaré al Señor rogándole que el mal no se apodere de Ana

María...

El farmacéutico de la población aseguraba:

—¿Quién es? ¡Bah! Un fracasado de los hospitales de París. En las provincias tenemos que recogerlo todo y soportar la carga de la gente que no sirve para la capital... Yo he tenido que tratarle bastante y he sostenido con él una relación profesional indirecta, claro. He visto lo que le recetaba a sus enfermos y más de cuatro veces he estado a punto de aconsejar que no se siguieran sus instrucciones. Y hasta he llegado a hacerlo...

Y luego, alzando la mirada, como si se dirigiera a alguien que se hallara en un lugar indeterminado y concreto, añadía con voz lastimera:

—¿Por qué tuvo que morir el pobre doctor Laumont? Claro que ahora nos llegará un nuevo médico... El doctor Gironder se dedicará a pasear a caballo, a recorrer sus nuevas tierras, a matar las horas con su esposa... hasta que se canse, claro, y luego empezará a perseguir a todas las mujeres que le gusten, con escapadas hasta Lille o hasta el mismísimo París...

La boda se celebró en la vieja catedral de Noyon y a ella asistieron muchos de los campesinos del señorío de Corveil-Melun vestidos con los viejos trajes tradicionales de pana, pantalón corto y ajustado y chaquetilla festoneada en rojo. Ellas usaban las amplias faldas cargadas de bordados en oro, ceñidas sus cinturas por una franja roja que formaba un lazo cuyas dos puntas llegaban hasta rozar el suelo.

—¿Quién es ese Gironder? Uno más, uno como todos... Ha visto la oportunidad de casarse bien y la ha aprovechado... ¿Es que alguno de vosotros hubiera dudado? No, claro que no... Adelante; si hay que llevarla al altar, se la lleva. Y si hay que llevarla a otro sitio, pues se la lleva... Todo a cambio de convertirse en amo y señor de las fincas... Hubo un tiempo en que Gerard me visitaba con frecuencia, pero... aquello ya pasó. Está olvidado y sustituido por otro...

Quien así hablaba era Isabela.

Nadie sabía su apellido, ni tampoco era un dato que de ella importaba.

Pero todos en Noyon conocían su profesión.

Cuando pasaba por la calle, las miradas se clavaban con fuerza en ella. Unos, como si la desnudaran; otros, como si quisieran traspasarle la carne en busca del corazón.

Ana María Corveil-Melun se casó y fue feliz.

Gerard Gironder, oscuro médico provinciano, se vio convertido por obra y gracia de su boda en una especie de señor feudal. Formaba parte de la aristocracia provinciana, acudía en compañía de su esposa a fiestas, recepciones, inauguraciones...

Su carrera quedó olvidada.

Solo alguna aventura amorosa ponía un brillo especial en sus ojos y una cierta alegría en su corazón.

Un día, Ana María Corveil-Melun fue encontrada muerta.

Bajo un árbol, con un libro en las manos, sentada en una tumbona.

Su actitud era tan natural, tan viva, que durante cuatro horas, su cadáver permaneció allí, sin que los criados de la enorme mansión de los Corveil-Melun dejaran de verla.

Cuando atardeció, cuando las sombras se adueñaron de la región, una de las criadas llegó hasta ella.

—Señora...

Ana María no se movió.

—¡Señora...!

Y al no recibir respuesta, al no captar el más leve gesto en ella, la criada se le acercó más, avanzó su mano y sus dedos se posaron sobre los hombros de ella, agitándola levemente.

El libro se escapó de entre las manos de Ana María, estrellándose contra el suelo.

Y un grito, un grito de horror, taladrante, tembló en la garganta de aquella mujer, surcó el aire y su silbante sonido alcanzó hasta los más apartados rincones de la mansión.

Unos minutos más tarde, Ana María se encontraba en la cama.

¿Viva o muerta?

Era una pregunta que no podían contestar.

Parecía muerta; sin embargo, un leve calor en su cuerpo parecía indicar que aún vivía.

O quizás aquel calor desaparecía lentamente.

El mayordomo, haciéndose cargo de la situación, ordenó—: Que avisen al señor.

Y uno de los criados, que sabía con quién y dónde se encontraba Gerard Gironder, acudió a buscarle.

Media hora más tarde llegaba el marido resoplando, cansado, congestionado y preocupado.

Pareció acordarse de su profesión. Era médico. Se acercó a su mujer, se sentó en el borde de la cama y la examinó brevemente.

No la encontró el pulso.

Tampoco el latido del corazón.

Se levantó, inclinó la cabeza y dos lágrimas nacieron en los ojos de aquel hombre, dos lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

El mayordomo, tragando saliva, preguntó:

—¿Vivirá la señora?

Gironder miró a aquel hombre. Llevaba cuarenta años al servicio de la familia Corveil-Melun, sabía que a él le consideraba como a un intruso, como un indigno, como un desgraciado que se casó con Ana María para salir de la miseria...

Volvió a repetir:

—La vi nacer... La señora es como una hija para mí... ¿Vivirá?

Gironder se encogió de hombros.

—No lo sé... Creo que ha muerto.

El mayordomo se cubrió el rostro con las manos, dio media vuelta y abandonó la estancia sollozando dolorido.

Mientras, Gironder se acercó otra vez a la cama donde se encontraba el cadáver de su mujer.

¿Cadáver?

No, no estaba seguro...

Y resultaba condenadamente curioso que él, un médico, no fuera capaz de dictaminar si Ana María estaba muerta o si aún alentaba la vida en su ser.

La examinó de nuevo.

Murmuró:

—Sí, está muerta...

Y una tristeza infinita se apoderó de él.

Ni un solo instante pensó en que la muerte de Ana María le convertía en único dueño del señorial de Corveil-Melun.

No pensó en otra cosa que en la soledad que acababa de sentir nacer a su alrededor.

La noticia se extendió rápidamente.

Y el cadáver de Ana María Corveil-Melun fue trasladado a la capilla de la mansión.

Aquella misma noche quedó formado el túmulo.

El ataúd, traído precipitadamente de Noyon, fue situado en el centro de la pequeña capilla. En cada una de las esquinas se instalaron cuatro grandes velones que despedían una luz cerúlea, acompañada de una leve humareda que desaparecía en lo alto de las ojivas góticas de la capilla.

Aquella capilla estaba situada junto a la mansión, pared por pared, y comunicaba con la casa a través de una pequeña puerta.

La capilla había sido edificada con posterioridad a la mansión de los Corveil-Melun, pero parecía más vieja que la casa, Contribuía a ello el estilo, imitando a gótico, que se adoptó.

La frialdad de la bóveda, la desnudez de las paredes, la simplicidad del altar, que contrastaba violentamente con el conjunto arquitectónico...

En el suelo, las losas mostraban los nombres de los antepasados de la familia. Muchos de ellos habían sido enterrados directamente en el subsuelo de la capilla. Otros fueron sacados de tumbas y trasladados allí.

Las inscripciones, grabadas en las piedras, eran perfectamente visibles cuando los rayos del sol penetraban por los amplios ventanales, tiñéndose con las tonalidades de las escenas emplomadas.

«Descansa en paz eternamente».

«Has vuelto a las cenizas».

«Aquí reposan los restos de...»

Al oscurecer, cuando las sombras se adueñaban de la capilla, si alguien penetraba en ella notaba bajo los pies el relieve de aquellas losas.

En las paredes laterales de la capilla, a una altura de un metro, sustentadas por recios pivotes, se encontraban las pétreas tumbas de los Corveil-Melun que edificaron el santo lugar.

Tumbas pesadas, adornadas con estriados.

Las tapas representaban a un hombre y a una mujer. El hombre mantenía los brazos cruzados sobre el pecho; la mujer los tenía extendidos, abiertas las manos en recuerdo de su generoso espíritu que le hacía ayudar a quién lo necesitaba.

Se decía en Noyon que aquella mujer nunca cerró la mano, que nada tuvo que no fuera capaz de entregar.

Allí, en la frialdad de la capilla, pasó la noche Gerard Gironder, sentado en un amplio sitial de madera, instalado a la derecha del túmulo, ligeramente más elevado que el ataúd que contenía el cuerpo de su mujer.

Gironder apenas alzó la cabeza; permaneció largas horas con ella hundida entre los hombros, inclinada hacia adelante, con el gesto característico del hombre que se siente abatido, golpeado por el destino...

Pensaba.

Pensaba en Ana María.

Y descubría, ahora, que la amaba más, mucho más de lo que llegara a imaginar.

Apenas percibía el murmullo, bisbiseo, de los rezos.

Los criados de la mansión, los campesinos que cultivaban sus campos, se hallaban allí, arrodillados ante el ataúd.

Ana María parecía viva.

Sus dedos habían sido entrecruzados sobre el pecho, y como engarzados en ellos, sostenía una cruz. La habían vestido con un hábito blanco, que enmarcaba su rostro, confundiéndose la palidez del hábito con la de la faz del cadáver.

Se alzó el viento en el exterior en el transcurso de la noche.

Arreció lentamente y al fin adquirió la fuerza suficiente para agitar la campana suspendida en la espadaña de la torre.

Sonó lúgubrementes.

Gironder alzó el rostro y miró hacia la techumbre de la capilla.

También hicieron lo mismo los servidores que se hallaban orando ante el cadáver.

Una vieja musitó:

—El viento...

Un campesino añadió:

—Quizá el diablo...

Varias miradas parecieron querer fulminarle, y la misma vieja que asegurara que se trataba del viento, reanudó los rezos.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Su voz era pastosa, profunda, lúgubre.

La campana siguió sonando.

Los rezos continuaron.

Gerard Gironder permaneció en su sitio.

El viento arreció, y de repente una ráfaga de luz cruzó el cielo.

Era un rayo, visible perfectamente a través de una de las ventanas, cuya emplomada cristalera prestó su color al zigzag luminoso.

Luego, instantes más tarde, retumbó un trueno.

Varias viejas y algunos campesinos trazaron un garabato rápido, que quería ser una cruz, sobre su pecho.

Después, cuando la puerta de la capilla se abrió para dejar paso a una pareja de siervos que acababan de llegar, nació un murmullo.

—Llueve...

Aquellos dos hombres llevaban sendas mantas extendidas sobre los hombros, mantas que aparecían mojadas.

Pronto llovió con fuerza.

Fue aquella una noche de tormenta, noche de truenos constantes que parecían retumbar de montañas que se precipitaran en abismos, noche de rayos que cruzaban el firmamento con una velocidad meteórica, prestando su luz durante décimas de segundo.

La campana de la capilla siguió sonando...

Sonando a muerto...

En el momento en que se persignaba y abandonaba la capilla, una vieja musitó:

—El cielo llora.

Poco a poco fueron marchando criados y campesinos.

Llegaron los leñadores de los bosques cercanos a Noyon, con sus mujeres, y oraron durante casi una hora. Después, aceptaron el refugio hospitalario de la mansión, y el desván, con el suelo cubierto de paja, se convirtió en su dormitorio.

El último leñador abandonó la capilla.

Inclinando levemente la cabeza ante Gerard Gironder, musitó:

—Señor...

No recibió respuesta.

Ni el más leve gesto, ni un parpadeo que demostrara que había escuchado.

Gironder parecía una estatua, inmóvil en su sitio, con la mirada clavada

en el rostro de la que fuera su mujer hasta unas pocas horas antes.

El leñador abandonó la capilla. Se cubrió con una lona embreada y chapoteando en el barro corrió hacia la casa.

Entonces, solo entonces, Gironder quedó completamente solo con el cadáver de su mujer.

La campana seguía sonando al compás impuesto por las ráfagas ventosas.

* * *

A la mañana siguiente, apenas la luz del día naciente asomaba su claridad por el horizonte, manchándolo levemente de luz, la puerta de la capilla se abrió para dejar paso a Christophe, el viejo mayordomo.

—Señor...

Gironder le miró entonces.

—¿Qué, Christophe?

—Si el señor quiere tomar algo... Si quiere descansar, si quiere...

No le dejó proseguir.

—No quiero nada, Christophe.

—Pero...

—Cuidate tú de todo. No quiero nada. Nada. Solo estar con ella... Arregla el entierro, la ceremonia... Haz lo que quieras.

—Señor, recuerdo que cuando falleció la señora madre de Ana María...

Gironder le cortó.

—Haz igual.

Y su cabeza, con lentitud, giró de nuevo hasta volver a posar su mirada sobre el cadáver.

—Como el señor ordene.

Christophe, con paso cansado, abandonó la capilla.

Aquella misma mañana se iniciaron los preparativos para la fúnebre ceremonia.

Se avisó a las autoridades eclesiásticas de Noyon, se invitó a los párrocos de las poblaciones vecinas, se solicitó la presencia del grupo cantor de la Abadía de Lille, se contrató a un organista de la misma población...

Fueron horas de intenso trabajo para Christophe.

Mientras, en la capilla seguían desfilando las gentes de la comarca. Sus ojos brillaban con el cristal de las lágrimas que no podían evitar ante el cadáver. Y luego miraban sorprendidos a Gironder.

Seguía inmóvil.

Durante todo el día la capilla fue el centro de la comarca. Y a su puerta se formaban grupos, crecían los rumores, los comentarios.

—Dicen que no se sabe de qué ha muerto la señora...

—Murió sola.

—La ayudaron a morir...

—¿Cómo?

—¿Quién?

—Gironder, el doctor... Dicen que él la mató... para apoderarse de las tierras, de las propiedades...

—Pero... ¡ya eran suyas!

—Pero no las quería compartir con la señora... El visita con mucha frecuencia la casa de...

Y la voz bajaba de tono hasta límites inaudibles cuando se pronunciaba el nombre de una mujer.

—No, no puede ser verdad... La señora murió porque había llegado su hora...

—Y porque su marido la ayudó... Y si no, pregúntaselo al farmacéutico...

—¿Qué dice ese viejo búho?

—Que hace tres semanas vendió arsénico a Gironder...

—¿Arsénico?

—Sí... Y dice también que la muerte de una persona envenenada con arsénico es dulce.

—¿Dulce? Pues yo recuerdo al hijo de Desfru que comió arsénico por error y murió sufriendo como un perro rabioso...

—Pero si el arsénico es administrado en pequeñas dosis, entonces se muere sin gritos, casi sin darse uno cuenta... Eso es lo que dicen...

—Dicen...

—¡Dicen!

Pero nadie era capaz de tirar la primera piedra, de acusar formalmente al doctor Gironder, que seguía en la capilla, sentado en su sitio, contemplando el cadáver de su mujer.

Pasó el día y llegó la noche.

A la mañana siguiente se celebraría la ceremonia fúnebre.

Ana María sería descendida al subsuelo de la capilla, justo delante del altar. Bastaba con alzar la losa para que apareciera la tumba. En Noyon se estaba labrando la lápida que sustituiría a la losa sin nombre que ahora cubría el hueco.

Al llegar la noche, Gerard Gironder seguía inmóvil.

Parecía una estatua.

Christophe, el mayordomo, se le aproximó. Apoyó su enguantada mano sobre el hombro del médico, e inclinándose le preguntó:

—Señor, si me lo permite...

—No.

—Perdone, pero creo que debo insistir...

—No.

Y al pronunciar aquella palabra, la voz parecía provenir de ultratumba.

Christophe se inclinó en una profunda y ceremoniosa reverencia y abandonó la capilla.

Cayó la noche.

Solo un pequeño grupo de media docena, entre hombres y mujeres, permanecieron en la capilla. Eran criados de la mansión.

El grupo disminuyó, y finalmente, alrededor de medianoche, Gironder quedó solo.

Solo e inmóvil.

Quieto...

Quieto como si su cuerpo se hubiera convertido en piedra.

Solo se movían sus ojos, fijos en Ana María. A veces parpadeaba, y aquella señal era la única de que seguía con vida.

Las doce.

La una.

Las dos...

Las horas pasaban con lentitud.

El frío, intenso, se adueñó de la capilla.

La luz de las velas seguía iluminando el túmulo fúnebre...

Gerard Gironder inclinó la cabeza. No quería dormir, pero una sensación de profundo sueño le inundó. Fue algo que experimentó casi de repente, que le invadió y le venció. Se ladeó en su sitio y quedó dormido.

Quizás eran demasiadas horas allí, sin comer, sin beber, sin moverse...

O quizás era otra cosa.

Otra cosa...

Fue entonces cuando la puerta de la capilla se movió lentamente. Los goznes chirriaron... La puerta se abrió... Y algo inconcreto, una forma luminosa, blanca, difusa, informe, penetró.

Era como una nube.

Como un gigantesco copo de algodón. Como una masa de luz.

No tenía manos. No tenía pies. No se arrastraba para avanzar. No rodaba.

Simplemente se desplazaba.

Marchaba hacia el túmulo.

Pareció detenerse delante de Gerard Gironder. Solo fue un instante, una décima de segundo.

Después siguió su camino.

La masa de luz volvió a detenerse. Y se extendió, se extendió, ampliándose, hasta llegar a rodear completamente el ataúd donde se encontraba Ana María.

De la masa de luz parecieron emerger dos brazos, largos, gruesos, luminosos... Pasaron por encima del cadáver, como si lo acariciaran...

Y la luz se fundió con Ana María Corveil-Melun.

La masa algodonosa siguió flotando alrededor de la difunta, pero cada vez con menos fuerza. La luz desaparecía en aquel cuerpo, penetrando por su piel, atravesándola.

Al fin, la luz desapareció totalmente.

Siguieron unos largos segundos de silencio, de inmovilidad total.

Luego, algo se movió.

Fue un dedo, un simple dedo... de Ana María.

La cruz que sostenía entre sus manos osciló y cayó sobre su cuerpo, resbalando y acabando en el borde del ataúd.

Después fueron las dos manos... Aquellos dedos, que ya no tenían el color de cera que los caracterizaba instantes antes, se movieron, abriéndose y cerrándose en un ejercicio digital para recuperar la circulación sanguínea.

Después fue la cabeza lo que se alzó.

¡La cabeza de la muerta!

Miró a su derecha, a su izquierda... Vio los velones, vio a su marido, a Gerard Gironder, dormido en el sitial.

Lanzó una mirada a la capilla. Luego los hábitos blancos que la cubrían llamaron su atención... ¿Qué significaba todo aquello?

Y de repente lo comprendió.

¡Había muerto!

Sí, estaba muerta...

Pero la vida acababa de apoderarse de ella, acababa de inundarla... No tenía que morir aún... ¡Había sido un error del destino! ¡Tenía que seguir viviendo! ¡Y estaba viva, viva!

Se incorporó y quedó sentada en el ataúd.

Sí, había estado muerta, pero ahora pertenecía de nuevo al mundo de los vivos.

Pasó un pie por encima del ataúd, alcanzó la parte exterior, pasó el otro pie y abandonó aquel ataúd que de no haber recuperado la vida, se hubiera convertido en su eterno lecho.

Se acercó a su marido...

Alargó la mano para llamarle.

Pero pensó que podía asustarle demasiado.

Era mejor dejarle dormir.

Dio media vuelta, dirigiéndose hacia la pequeña puerta que comunicaba la capilla con la mansión.

La empujó.

Primero buscaría a Christophe, le demostraría que estaba viva, que no era una aparición, que no era un fantasma... ¡Vivía!

Le sobraba el sudario. Se lo arrancó y en un gesto rápido lo arrojó hacia el ataúd. El blanco manto pareció cobrar una fugaz vida de pájaro. Aleteó antes de estrellarse contra el féretro.

Y su aleteo apagó los cuatro hachones, sumiendo en la oscuridad la capilla.

Una oscuridad tétrica, fría...

Mientras, Ana María, con el cuerpo sin cubrir, avanzaba por los pasillos de su mansión en busca de Christophe.

Encontró un velón encendido en su camino y lo tomó para iluminarse.

Instantes más tarde alcanzaba la habitación del mayordomo.

Empujó la puerta.

Penetró...

Christophe, que sin desvestirse se había tumbado en la cama para descansar unas pocas horas, se despertó sobresaltado.

Y al ver aquella desnuda visión, un aullido infrahumano nació en su garganta, potente, poderoso...

Un aullido que acabó quebrándose en seco.

Aquel grito estentóreo alcanzó la capilla, taladró las recias paredes de la mansión y penetró con la furia de un huracán en el pequeño recinto neogótico.

Fue tan estridente que los cristales temblaron.

Gerard Gironder se despertó al instante... y se vio rodeado por sombras, por la oscuridad impenetrable.

Oscuridad por todas partes.

—¿Qué pasa?

Se alzó lentamente, extendiendo las manos ante él, como si quisiera tantear lo que le rodeaba.

Pero le rodeaba el vacío.

Avanzó un pie... Su planta halló el borde de uno de los peldaños del túmulo sobre el que se encontraba situado su sitio, y Gironder perdió el equilibrio, precipitándose hacia la oscuridad.

Tenía la sensación de que se hundía en un profundo pozo, y sin embargo, sabía perfectamente que se encontraba en la capilla.

No chilló. No gritó. Y al fin, la caída acabó; se estrelló contra el catafalco...

Sus manos se agarraron a algo que en el primer instante no supo lo que era...

Luego sí...

¡Sí!

¡El ataúd!

Un escalofrío de pánico recorrió su cuerpo... Pánico cervical, porque sus dedos acababan de tantear el interior del féretro y allí no estaba el cuerpo

de Ana María, el cadáver de su mujer...

—No... no... No puede... ser...

Casi se arrastró dando la vuelta al ataúd.

No veía nada, todo estaba sumido en las sombras. Sus pies se liaron en algo, intentó apartarlo de un manotazo y tuvo la sensación de que se trataba del sudario que envolviera a Ana María...

¿Dónde estaba ella?

¿Qué significaba aquella oscuridad?

¿Qué era lo que estaba sucediendo?

Sus dedos se engarfiaron en el sudario, y de un manotazo lo apartó, arrojándolo contra la oscuridad. El sudario alcanzó uno de los recios candelabros que sostenía un hachón, derribándolo y produciendo un estruendo metálico que pareció golpear de lleno la mente de Gironder.

Aquel ruido fue como un estilete que se clavara en su cerebro.

Manoteó en el interior del ataúd, como si quisiera convencerse de que Ana María no estaba allí.

¡No podía ser!

Empujó hacia adelante, el ataúd se desequilibró sobre el catafalco y cayó al suelo.

Gironder perdió el equilibrio y pareció que a aquel féretro le hubieran nacido brazos.

Brazos que, cerrándose alrededor de él, le arrastraran.

Cayó.

El estruendo pareció el fragor de una batalla medieval retumbando entre las paredes de la pequeña capilla.

Se levantó.

Tenía miedo.

¿Solo miedo?

No, la palabra exacta era pánico, un pánico cervical, increíble, superior a sus fuerzas, un pánico que le impulsaba a huir a hacer algo... ¡Algo!

—¡No! ¡No puede ser!

Sabía que allí estaba Ana María, que ella había muerto... ¡Había muerto!

El sudor, un sudor frío, nacía en todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Resbalaban las heladas gotas por su piel...

Corrió hacia la puerta.

Chocó contra los bancos, volvió a desplomarse, se golpeó con fuerza la cabeza contra el borde de un banco al caer, y entonces el sudor frío fue sustituido por la cálida y viscosa sensación de la sangre resbalando por su piel.

Sangre.

Se cubrió el rostro con las manos.

—No... no. Noooooo...

Hizo un esfuerzo. Se levantó, tambaleándose. Le costaba avanzar un paso. Un simple paso. La pierna le hacía daño. Le dolía también la herida.

Pero, por encima de todo, lo que le dolía era la sensación de increíble desespero que se estaba apoderando de su mente.

No comprendía lo que sucedía, no comprendía aquella oscuridad, no comprendía que el ataúd estuviera vacío, que Ana María no se hallara allí...

El recuerdo de ella hizo nacer un rugido en su garganta.

—¡Ana María!

Y las frías, húmedas paredes de la capilla neogótica le devolvieron como una bofetada el retumbar de su voz.

¡Tenía que abandonar la capilla!

¡Tenía que salir!

¡Salir!

Y otra vez se lanzó hacia la oscuridad, creyendo que allí estaba la puerta.

Chocó con bancos, el estruendo al ser arrastrados por el suelo cubierto de lápidas fue horrisono, como si un trueno acabara de nacer allí mismo, y Gironder no pudo contener un grito de terror que nació en su garganta.

Tenía la sensación de que era un simple juguete en manos de las circunstancias. No era nada. Absolutamente nada. Una mota de polvo arrastrada por un vendaval. Un minúsculo insecto aplastado o devorado por otro insecto mayor...

Su mente le dolía. Las ideas pasaban por ella a una velocidad de rayo.

Siguió avanzando, golpeándose las piernas contra los bancos... Parecía que nunca llegaría a alcanzar la puerta de la capilla. Era como si esta hubiera aumentado de tamaño, adquiriendo proporciones catedralicias...

¡Era su cárcel, una inmensa cárcel!

Saltó sobre un banco, se estrelló contra otro... gimió de nuevo... Era terrible, terrible... Y en alguna parte, en el suelo, sí, en el suelo, tenía que encontrarse el cadáver de Ana María...

¿Qué habría pasado?

Quizás mientras él dormitaba alguien la profanó...

Quizás alguien robó el cadáver...

¡No podía ser! ¡No podía ser!

—¡Ana María!

Le pareció escuchar una débil respuesta, pero solo fue el mínimo ruido de la campana mecida por el viento.

Chocó.

Fue de repente, cuando menos se lo esperaba.

Chocó contra una pared. ¡Al fin la pared! ¡Allí tenía que estar la puerta!

Tanteó, buscó...

No, no estaba la puerta...

Gironder jadeaba, respiraba dificultosamente... Percibía con toda claridad el latido violento de su corazón, que parecía dispuesto a estallar de un momento a otro.

Pero lo más doloroso era su cerebro. Como si múltiples agujas se ensañaran con él. El aguijoneo era constante. Agujas finísimas. Que avanzaban sin pausa, que alcanzaban hasta los más recónditos puntos de aquella masa cerebral.

El dolor era intenso, brutal, insoportable...

* * *

Ana Mana...

La oscuridad...

La puerta...

¿Dónde estaba aquella maldita puerta?

¿Qué había sucedido?

¿Qué pasaba?

¡Ana María!

Jadeó. Se cubrió el rostro con las manos, luego sus dedos avanzaron hacia su cabeza, su maldita cabeza que estaba a punto de estallar... Se la sujetó con fuerza... Tenía miedo, pánico... No, algo más, algo superior a estas dos sensaciones... Él era un pelele, un alfeñique... No era nada... ¡Era un loco! ¡Ana María! ¡Ana María! Loco, loco... ¿Y la puerta? ¿Dónde estaba aquella puerta?

Recordó de repente la puerta que comunicaba directa mente con la mansión de los Corveil-Melun.

Con las manos extendidas ante él, bañado por el sudor, mojado por su orina, temblando, avanzó surcando las tinieblas en busca de aquella puerta que suponía que se encontraba a su izquierda.

Chocó con algo, quizás un banco, quizás un candelabro del túmulo, y Gironder se derrumbó. Se golpeó la frente con dureza, la sensación del dolor le invadió al instante.

Y sin embargo, no fue un grito lo que nació en su garganta.

Fue una carcajada, estridente, que cobró vida en la oscuridad de la capilla y aleteó entre las sombras.

—¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Ja, ja, ja, ja...!

El doctor Gerard Gironder estaba loco.

Cuando cinco minutos más tarde la puertecita que comunicaba la capilla con la mansión fue abierta, apareciendo varios criados que acudían a comunicarle lo sucedido, se enfrentaron con una escena casi dantesca.

A la luz de los velones que ellos portaban pudieron ver al señor sentado en tierra, cruzadas las piernas bajo su cuerpo, apoyadas las manos en las

rodillas, la cabeza inclinada hacia atrás y sus ojos abiertos, muy abiertos, veteados de rojo. Por entre sus labios se escapaba un hilillo de baba que relució al recibir el impacto de la luz de los velones.

Cuando Ana María se mostró ante su esposo un par de minutos después, consiguió dos cosas: fijar en ella aquella mirada extraviada y hacer que las lágrimas nacieran a borbotones, incontenibles, en los ojos de su marido.

Un pobre resultado.

Gerard Gironder, cuatro horas más tarde, fue trasladado al manicomio de Lille. No hablaba. No decía nada... Solo su rostro, sus pupilas, reflejaban terror.

A la mañana siguiente, en el cementerio de Noyon, se celebró la ceremonia de enterrar a Christophe, el mayordomo de la mansión Corveil-Melun, que no había podido resistir el impacto de ver viva a Ana María.

El corazón de Christophe, macerado por el dolor de la muerte de la señora, a la que quería como a una hija, a la que había visto nacer, fue demasiado grande. Pero la impresión que recibió al verla ante él, sin sudario, con un velón en la mano, fue superior a sus fuerzas.

Christophe dejó escapar un gemido de su garganta y cayó desplomado al instante, vomitando sangre.

Ana María que asistió a la ceremonia, estaba pensativa, triste, abatida...

Todo por su culpa.

Había despertado la muerte y la locura...

Muerte y locura...

Cuando abandonó el cementerio, se dirigió a su coche.

Percibió perfectamente las miradas de todos los vecinos de la comarca que habían asistido a la ceremonia. La miraban desde lejos, como si temieran acercársele, como si le tuvieran miedo...

Ana María lo comprendió.

Sí, al fin y al cabo, ella no era otra cosa que una muerta revivida, una resucitada...

Y esta idea despierta siempre curiosidad y temor.

La miraban con ojos curiosos y temerosos al mismo tiempo...

Y ella tenía que soportar aquellas miradas.

Se dijo que pasaría aquella sensación de rareza, que pronto se acostumbrarían a ella, que comprenderían incluso el que resucitara...

Su deseo de vivir era tan fuerte, tan brutal, tan desmesurado, que se impuso sobre la muerte, atrajo a la vida que se le había escapado y volvió a apoderarse de ella.

Nadie sabría nunca la lucha tremenda que ello significó.

La voluntad de vivir, albergada en el cadáver, luchó con la vida que se había alejado.

Se produjo un choque de atracción y de repelencia... El forcejeo duró

horas y más horas. Día y noche. Y al fin, durante la noche del segundo día, el cadáver venció y la vida regresó.

Ana María había triunfado...

¿Triunfado?

No, ahora comprendía que no era así... Deseaba vivir para seguir junto a Gerard, su marido. Vivir para continuar junto a los suyos...

Y el resultado final de aquella increíble lucha era la muerte y la locura.

La locura del hombre que amaba con todas sus fuerzas.

La muerte del pobre Christophe, que para ella había sido su segundo padre...

¡Triste final para un triunfo como el que había conseguido la voluntad de vivir de Ana María!

* * *

Ana María visitaba cada día a Gerard.

De cuatro a seis de la tarde estaba en el locutorio del manicomio de Lille. Allí, separados por una reja, podía contemplar a su esposo.

Gerard parecía un animal asustado cuando estaba ante ella. Se encogía de hombros, hundía la cabeza entre ellos, desviaba ligeramente la mirada y sus manos avanzaban hasta alcanzarse la cabeza y sujetársela con fuerza, como si temiera que de un instante a otro le fuera a estallar.

—Gerard... querido...

Pero él no reaccionaba.

Sus ojos, saltones desde el día del ataque de locura, evitaban mirarla directamente, frente a frente. Y se podía leer en ellos que Gerard no creía en la resurrección, en la muerte vencida por la vida...

—Querido, yo...

Y Gerard seguía inmóvil, escapándosele la baba por la comisura de los labios.

Ana María visitó a su esposo diariamente durante tres semanas, hasta que el médico que llevaba a Gironder le pidió que dejara de hacerlo.

—Señora, lamento decírselo, pero su presencia desequilibra profundamente a nuestro paciente. Espero que sepa comprender la situación. Gerard Gironder sigue siendo su marido, pero también es nuestro paciente. Su mente está desequilibrada, y nos pertenece. Su presencia le recuerda lo sucedido y los efectos nocivos... Lamento hablarle así, señora, pero...

—Comprendo.

Y Ana María no volvió a ver a Gerard Gironder, a su marido.

No le pertenecía, como había dicho el médico.

En Noyon, en Lille, en su propia casa, por todas partes captaba miradas curiosas de gente que la espiaba.

Cuando ella pasaba, nacían murmullos.

Alguien decía:

—Es la muerta...

Otro precisaba:

—Era la muerta.

Sí, era la muerta.

Y Ana María Corveil-Melun Gironder comprendió que su lugar ya no estaba en este mundo. Ella, para todos, había muerto. Si caminaba, si estaba aún entre los demás, era debido a circunstancias extrañas que nadie lograba explicarse.

Pero ella tenía que estar muerta.

Luchó para volver a la vida. Luchó para seguir estando junto a Gerard Gironder... Triunfó para encontrarse con las manos vacías, sin nada... Gerard loco, Christophe muerto, miradas temerosas, curiosidad...

Resistió varias semanas más.

Acabó por no salir a la calle, por no dejarse ver, salvo por su ama de llaves y su sirvienta privada.

Y también en ellas captaba detalles que le producían una profunda desazón.

Tenía la certeza de que las dos evitaban acercarse a ella, salvo si era absolutamente necesario.

Y en una ocasión sorprendió a su ama de llaves olfateándola.

Ana María le preguntó con sequedad:

—¿Hueles a muerte?

El ama de llaves no contestó. Se limitó a tragar saliva.

Los criados la evitaban...

La gente no quería tener contacto con ella...

¿Para esto había luchado tanto? ¿Para llegar a este resultado tuvo que sostener aquel titánico combate que empezó en el mismo instante en que la muerte se adueñó de ella y concluyó cuando la vida le llegó de nuevo?

No. Ella esperaba otra cosa, otro resultado premiando su esfuerzo.

Aquella idea la torturó durante días.

Y finalmente se decidió.

Una noche volvió a cubrirse con el blanco sudario que ya había usado cuando estaba inmovilizada en el ataúd.

Cogió un velón, lo encendió y abandonó su habitación. Iba descalza y se percibía fácilmente que bajo el sudario no llevaba nada más.

Descendió las escaleras lentamente.

Empujó la puerta que comunicaba con la capilla y penetró de nuevo allí.

No había estado en ella desde el día en que después de arrojar el mismo sudario que ahora llevaba, la abandonó.

Alzó el velón, iluminando la estancia.

Avanzó lentamente.

Sus pies desnudos pisaban las losas y el frío albergado en ellas ascendía por el cuerpo de Ana María.

«Descansa en paz eternamente»

«Has vuelto a las cenizas»

«Aquí reposan los restos de...»

Lápidas, inscripciones, frases, recuerdos, palabras borradas por el paso del tiempo...

Cuando Ana María se detuvo, lo hizo ante una lápida inmaculada, sin la más ligera inscripción, situada ante el altar.

Fijó el velón en el suelo.

Después, cogiendo la lápida por la argolla, con las dos manos, forcejeó. Empezó a sudar. La lápida pesaba quizá demasiado para ella, pero por suerte había sido removida cuando ella ocupó el féretro, preparando la sustitución por otra lápida con una frase y una fecha esculpida.

Tiró más.

Y al fin, logró alzarla y hacerla resbalar, apartándola lo suficiente para dejar un hueco por el que podía pasar perfectamente.

Ana María miró el interior de la tumba.

Y no tuvo miedo.

Ni la más mínima sensación de temor o de pánico pasó por su mente.

Cogió el velón y lo avanzó hacia el negro hueco. La luz iluminó su interior; había polvo, el polvo impalpable de generaciones. Y, cosa curiosa, una cucaracha correteó asustada.

Ana María respiró profundamente.

Después, saltó al interior de la tumba. No dudó. No vaciló.

Dejó que el velón goteara y sobre la cera aún caliente lo fijó. Luego, arrodillada, dado que la tumba no tenía altura suficiente para que pudiera mantenerse en pie, tiró de la lápida, arrastrándola.

Tiró, tiró...

La lápida resbaló y al fin cayó, quedando encajada en el hueco.

Ana María, joven, hermosa, arrodillada, encorvado su cuerpo, ladeó la cabeza y miró la parte inferior de la lápida. Estaba cubierta del salitre de la humedad. Esta fue la única idea que pasó por su mente.

Luego, haciendo un esfuerzo para doblarse, extendió los pies, se tendió en el suelo, cruzó las manos sobre el pecho y se dispuso a esperar, sin querer disputar la batalla a la muerte.

Quería morir.

Le molestó la luz del velón. Prefería ver llegar la muerte en las sombras. Más que verla, presentirla.

Y sin dudarlo, el pie de Ana María, la joven, la bella, la hermosa Ana María, avanzó hasta encontrar el velón. Le pegó un golpe. El velón cayó, pero no se apagó. Quedó chisporroteando.

Ana María tanteó con el pie. Al fin logró aplastarlo. Sintió el dolor de la quemadura, pero ni el más mínimo gemido nació de sus labios.

Al fin y al cabo, ¿qué era aquel pequeño dolor en comparación con la agonía, dura agonía, que le esperaba?

Ana María había escogido el único camino que le quedaba: la muerte.

Falleció siete días más tarde, sufriendo horriblemente.

Aquel mismo día, en el manicomio de Lille, donde se encontraba Gerard Gironder, los médicos empezaron a descubrir en su paciente síntomas de que recuperaba la normalidad.

Desaparecieron las infinitas y pequeñas venas que enrojecían sus ojos, dejó de manar baba por entre sus labios, y su mirada se hizo más inteligente...

Un mes más tarde, Gerard Gironder estaba de regreso en su hogar.

En un hogar en el que faltaba Ana María, de la que nada se sabía.

Jamás nadie podría explicarse lo sucedido.

Jamás nadie comprendería las múltiples fuerzas oscuras y voluntades manifiestas que intervinieron en aquel asunto.

FUSILADO AL AMANECER

C

OMO todas las mañanas a aquella misma hora, la señora Dawson se hallaba atareada con esos trajines hogareños que ocupan a todas las amas de casa en los momentos que preceden al desayuno.

Empezaba un nuevo día.

Por si hubiera alguna duda, ahí estaban haciéndolo patente esa infinidad de ruidos peculiares en las viviendas donde se alojan un número crecido de vecinos. Sonidos que reúnen la característica especial de producirse con invariable repetición a las mismas horas: abrir y cerrar de puertas, pasos sobre el mosaico, el agua discurriendo por las tuberías, algún despertador que otro lanzando su punzante sonido a los cuatro vientos; sin omitir otro sonido igualmente mañanero, que, con pitido triunfante, pone al corriente de que la cafetera tiene a punto el aromático desayuno.

La señora Dawson se movía parsimoniosamente en sus quehaceres.

Ni la edad ni las penas pasadas le permitían hacerlo de otra forma.

Desde la habitación contigua, una voz la llamaba de vez en cuando.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Voy, hijo... voy... Un momento...

Y sin alterarse, seguía prendida en sus ideas.

En aquel momento le preocupaba recordar dónde habría dejado las llaves.

Estaba segura de que hacía un instante se encontraban en aquel mueble del rincón, pero al ir a buscarlas ya no las vio.

La voz continuaba hablándole:

—Mamá, una camisa limpia, por favor.

—Ahora mismo... ahora mismo, hijo...

Pero ella seguía con la idea fija de dónde podrían encontrarse las dichas llaves.

Un timbrazo en la puerta la distrajo momentáneamente de sus ideas.

Al abrir se encontró con Vicky, una joven vecina que, como en otras ocasiones, venía a hacer una llamada telefónica.

Se disculpó por las molestias, que ocasionaba al disponer de su teléfono, pero la necesidad la empujaba. Aquella mañana no podría ir a la oficina y era obligado avisar. Así lo estaba diciendo a través del aparato.

—¿Gloria?

—...

—Soy Vicky. Por favor, dile al jefe que no iré hoy.

—...

—No, nada grave. Pero es mejor que me quede a cuidarla.

—...

—No, no tengo teléfono. Te llamo desde casa de la señora Dawson, mi vecina. Una señora muy amable.

Bajando el tono de voz añadió:

—Vive sola, la Pobrecilla. A su único hijo lo mataron.

—...

—Lo fusilaron. En no sé qué guerra.

Colgando el auricular, la joven se disculpó nuevamente ante la dueña de la casa.

—Discúlpeme, señora Dawson, y muchas gracias.

—Ya lo sabes, Vicky, telefonea siempre que lo necesites. Para eso estamos las vecinas, ¿no?

—Hasta luego.

—Que se mejore tu madre.

—Gracias.

—Adiós.

Al cerrarse la puerta tras la muchacha, la anciana volvió a quedarse sola. En la habitación contigua persistía la misma voz, varonil, bien timbrada.

—¡Mamá! ¡Mamá, la corbata!

La anciana, con su parsimonioso ir y venir, repetía invariablemente:

—Voy... voy...

* * *

La sentencia debería cumplirse al amanecer.

El hombre, en su celda, experimentaba la angustiosa sensación de que las sombras de la noche se le venían encima.

Era como si las viese transformarse en verdugos enfundados en largas túnicas negras, que arrastraban tras ellos. Las caras cubiertas con capuchón del mismo color, agujereado bajo la frente, por dónde asomaban los ojos de terrorífica mirada sanguinolenta.

Su muerte era inminente.

Sucedería al amanecer.

La materializaba en forma de hacha segando su cuello.

Un escalofrío corría a lo largo de su cuerpo, notando el frío punzante del acero. Luego la sangre manando a borbotones, esparciéndose por el suelo hasta formar un enorme charco rojo en el que descansaría su cuerpo inerte, convertido por trágica magia del verdugo en un pelele.

Posiblemente todo sucedería de forma distinta. Sin embargo, en su

delirante espera, las imágenes más cruentas cruzaban su mente desequilibrada por los últimos acontecimientos.

Su inutilidad física le había librado de la guerra en el campo de batalla.

No todo acababa en la primera línea de fuego. También en la retaguardia se laboraba incansablemente.

Infinidad de problemas relacionados con el enemigo competían a otros hombres que, sin tomar en sus manos un fusil, defendían una causa que ellos consideraban justa y por la que eran capaces de dar sus vidas.

No sabía realmente cómo empezó lo suyo.

Se vio involucrado en un asunto de espionaje de gran envergadura. Hubo de cumplir órdenes poco gratas, dejar sin vida a otros seres, que como él mismo ahora, habían muerto de forma cruenta.

Él había matado.

Asesinado...

Posiblemente no fuera enteramente suya la culpa, pero su cooperación sirvió para llevar a cabo actos sangrientos.

Ahora, cercana la muerte, su propia muerte, temblaba ante el recuerdo de horripilantes escenas vividas.

La sucesión rápida de los hechos apenas le dejó tiempo para meditar antes.

Tampoco se lo hubieran permitido.

Las órdenes eran tajantes...

Inapelables.

Así fue la última.

No tuvo valor para llevarla adelante.

Y ahora, le tocaba dar su vida a cambio.

Su vida...

Por salvar la de un grupo de mujeres y niños a los que no tuvo valor de quemar vivos.

Fue lo mismo.

Lo hicieron otros.

Un tercero cumplió la orden por mandato, o por propio instinto, y la manzana de casas se convirtió en gigantesca, monstruosa hoguera, con rugidos de volcán y de fieras enloquecidas.

Nadie se salvó.

Ardieron en sus propios hogares, emparedados, sin posible escapatoria, mujeres y niños.

Los hombres estaban en la guerra, o en los campos de concentración.

El espectáculo monstruoso, dantesco, le erizaba los cabellos. Sin haber intervenido personalmente, se sentía igualmente responsable de tantas víctimas.

En una pesadilla terrorífica desfilaban ante sus ojos desorbitados, un

fantasmagórico conjunto de ascuas humanas, llameantes como antorchas encendidas, recordando los martirios de la Roma antigua. También sus ropas se hallaban impregnadas de líquido combustible.

La ciudad, al igual que la clásica vía romana, se había iluminado por espacio de largas horas, a costa del terrorífico acontecimiento.

El debía morir.

Estérilmente, a pesar de su entrega.

No había perpetrado el hecho, pero había sido llevado a cabo por otros desalmados.

¿Realmente se encontraba al margen de la horrenda monstruosidad?

Se debatía por convencerse a sí mismo de su inocencia, y en su enloquecido frenesí un sopor febril le sumía en sudores fríos, escalofriantes.

Aquello era peor que la muerte.

Si debía morir, ¿qué esperaban para cumplir la sentencia?

A gritos clamaba por ella.

Agarrado a los barrotes de la reja, increpaba a los guardianes para que se lo llevaran de una vez donde fuera.

Cualquier cosa era preferible a aquel sufrimiento que agarrotaba su corazón.

Su corazón...

¿Su corazón?

¿Podía llamarlo así?

¿Era realmente suyo?

¿Por qué habían hecho aquello con él?

¿Para qué si luego habría de resultar inútil?

Era sarcástico comparar la poca importancia que representaba el trabajo de años y años de investigación de hombres de ciencia, ante la cruenta matanza de los humanos. Se asesinaban unos a otros, peor que en la selva, peor también sus reacciones que las de las bestias.

Y los hombres de ciencia, afanándose por salvar vidas, por alargarlas más y más...

Una risa estridente, de arrebatado de locura, salió de la boca del hombre, con un gesto terrorífico, en una mueca trágica.

Siguió riendo durante mucho tiempo...

Casi hasta el amanecer.

Y cuando llegó el amanecer del nuevo día...

Fueron a buscarlo.

Lo condujeron al lugar de la ejecución.

Se formó el pelotón de soldados, y junto a ellos hubo de seguir el paso rítmico de la marcha.

Sus últimos pasos...

Los que le acercaban irremisiblemente a la muerte.

Uno...

Dos...

Tres...

Su corazón latía violentamente.

Unos minutos más tarde, la voz de mando daba la orden irrefutable:

—¡Apunten! ¡Fuego!

¿Dónde debían apuntar?

¿Al corazón?

¿A la cabeza?

El cuerpo quedó cubierto de orificios sangrantes. El tibio líquido rojo, fluyendo por las venas, se desparramaba al exterior, sin escatimar una sola gota.

Una mujer, una pobre mujer sin fuerzas, diminuta, encogida, de cabellos blancos, se acercó al cadáver. Sus ropas negras se tiñeron de rojo al arrodillarse junto al cuerpo inerte. Reclinó la cabeza sobre el pecho del hijo y algo la hizo salir de su aparente calma.

Se dirigió hacia el hombre que la acompañaba.

—Doctor...

—¿Sí?

—Escuche.

—¿Qué?

—Escuche, doctor... Escuche usted.

—¿Dónde?

—Aquí... Aquí en el pecho.

—¿El corazón?

—Sí. ¡Es el corazón! ¡Sigue latiendo!

—Pero...

—Le digo que el corazón sigue latiendo. ¡Mi hijo vive! ¡Vive, doctor!

* * *

Habían transcurrido cinco años desde la sorprendente operación quirúrgica.

El padecimiento de una grave enfermedad cardiaca no dejaba abiertos otros caminos a la ciencia que los provenientes de la más avanzada cirugía.

Se hacía necesario correr todos los riesgos por evitar una muerte segura.

Las últimas intervenciones aconsejaban una suplantación de víscera.

Un corazón sintético, de laboraron, que funcionando por medios mecánicos transmisibles a sus arterias naturales le permitiera seguir viviendo.

A pesar de todos los temores, por ser un campo poco experimentado

hasta entonces, de reciente exploración científica, la intervención fue un éxito.

Cinco años habían transcurrido desde la operación y Peter era en todas sus reacciones físicas un hombre como los demás.

No se marcaba plazo a su existencia.

Podía vivir los años que fueran.

A no ser...

A no ser aquella terrible sentencia de muerte.

Truncaba una vida por la que la ciencia había luchado denodadamente.

Años y años de investigación, de debatirse entre la vida la muerte.

Lograron proporcionarle una fuerza motriz nueva, facilitando riego sanguíneo normal a sus venas.

Prácticamente habían logrado un hombre nuevo de lo que era casi un cadáver.

Todo el esfuerzo, inútil.

El ingente trabajo desarrollado por el cirujano, estéril.

Peter había caído inerte aquella mañana, bajo el mandato firme que accionaba un grupo de fusiles.

* * *

La señora Dawson, en su cansino ir y venir, daba la sensación de hallarse muy atareada en los trajines hogareños.

A pesar de sus pasos lentos y cortos, se movía continuamente, yendo de un lado para otro, como atosigada por obligaciones perentorias.

Nuevamente Vicky, la vecina, vino a interrumpirla.

Esta vez portadora de un obsequió.

—¡Ah! ¿Eres tú, Vicky?

—Hola, señora Dawson.

—¿El teléfono?

—No. Mi madre...

—¿Qué ocurre?

Vicky sonrió.

—No ocurre nada malo. Solo que se ha empeñado en que le bajara a usted este bizcocho.

—¿Un bizcocho? ¿Para mí?

—Claro. Lo ha preparado ella misma y ha pensado que le gustaría para el desayuno.

—No ha debido molestarle...

—Usted sabe de sobra que no es molestia, ni para mí madre ni para mí.

—Gracias, Vicky. El desayuno... Sí, ahora me disponía a hacerlo. Estaba preparando la leche. Pero, pasa, pasa, no te quedes ahí en la puerta.

Vicky penetró en la casa.

—Siempre tan sola, señora Dawson. No tiene quien cuide de usted.

—Me arreglo bien, Vicky. Perdona un momento, me dejé la leche en el fuego, no vaya a ser que...

—Ya me marchó.

—No te vayas tan pronto. Así me harás un poco de compañía.

La anciana, con su corto caminar, se dirigió a la cocina para proseguir sus preparativos culinarios.

Seguía oyéndose aquella voz varonil, clara, precisa.

—Mamá... ¿no vienes todavía?

Vicky, extrañada por la proximidad de la voz, quiso prestar atención.

Parecía estar allí misma.

La señora Dawson regresaba de la cocina con una taza de leche entre las manos, y con gesto entristecido decía:

—No sé qué me pasa... Hoy me encuentro más sola que otros días...

—¿Por qué no sube un rato a mí casa y cambia de ambiente? Podrá charlar con mi madre.

—Te lo agradezco, Vicky, pero no me gusta salir de estas cuatro paredes.

—Pero, ¿por qué?

—Encierran tantos recuerdos...

—Sí, pero...

—Son toda mi vida.

La voz sonó nuevamente:

—Mamá, por favor, los pantalones...

Vicky experimentó la sensación de que la casa era de cartón. Sin poderse reprimir, comentó en voz alta:

—¡Qué tabiques! Se oye todo. Cualquiera diría que esa voz sale de la habitación de al lado.

La anciana, ensimismada en sus ideas, no parecía escuchar.

La voz insistía nuevamente:

—¡Ah! Oye, mamá... Hoy non me esperes a comer. Comeré con unos amigos.

Vicky no salía de su asombro.

—Es el vecino del piso de al lado, ¿no? Parece que lo tengamos aquí mismo.

Aún pudo escuchar nuevamente, casi con mayor precisión:

—¿Me traes el desayuno, mamá?

La señora Dawson, saliendo de su ensimismamiento, respondió con voz dulce:

—Voy, voy enseguida... Te llevaré un poco de bizcocho, del que nos ha traído Vicky, nuestra vecina.

La joven quedó perpleja.

—Pero...

—¿Qué te pasa, Vicky?

—¿Es... es aquí?

La señora Dawson, con naturalidad y su habitual gesto sonriente y cariñoso, respondió:

—Sí; es mi hijo.

—¿Su... hijo?

—Claro.

Vicky tragó saliva.

—Creía que solo tenía usted un hijo y que...

—¿Qué?

—Bueno... que se lo mataron en la guerra...

La anciana, ausente, dominada por una obsesión, respondió:

—Aquellos malvados me lo asesinaron. Él era bueno. Mi hijo no hizo nunca mal a nadie. A nadie en absoluto.

—¿Quiénes lo mataron?

—Ellos.

—¿En qué guerra, señora Dawson?

—En la guerra... Todas las guerras son iguales. Todas son la misma guerra. Las guerras no tienen nombre. Solo sirven para que mueran las personas inocentes, mientras los culpables, los que organizan las guerras, ellos siguen vivos... En las guerras solo mueren los buenos... como mi hijo...

Desvariaba.

Vicky comprendió que aquel era un tema tabú para tocarlo delante de la señora Dawson. Cuando oía la palabra «guerra», la buena mujer desvariaba, como si un autómatas dentro de ella hablara, hablara, hablara... sin ton ni son.

Pero la extrañeza de Vicky subía gradualmente, comprendiendo cada vez menos de todo aquello.

—Señora Dawson...

—Dime.

—Entonces, el que yo oigo... esa voz que pidió hace un instante el desayuno...

—¿Sí?

—¿Quién es?

—Ya te lo he dicho: mi hijo. Mi hijo Peter.

—¿Su hijo Peter?

—Sí, mi pequeño y querido Peter.

Las palabras le salieron a empujones torpemente.

—¿El que... fusilaron?

La señora Dawson no pareció haberla oído.

—¿Sabes? Cuando era muy niño, solía decirme que cuando fuera hombre me sentaría en un trono como una reina. Quería comprarme un collar de perlas auténticas... Yo no quise... Un collar... Tuve uno de rosas rojas... Lo llevaba él en su cuello y me lo quedé...

Divagaba en las ideas.

Vicky se sentía petrificada.

Empezaba a sospechar que la sangre se había catalizado en sus venas.

No sabía qué interpretación dar a las palabras de la madre de Peter, que, por otra parte, hablaba con tal aplomo que casi no dejaban lugar a dudas sus aseveraciones.

¿Qué ocurría allí?

¿Qué horror se escondía detrás de aquella apariencia tranquila, bondadosa sencilla, apacible?

¿Qué había en el otro cuarto?

¿Quién?

Peter...

Con un hilo de voz se atrevió a decir.

—Señora Dawson...

—¿Está... ahí?

—¿Te refieres a...?

A Peter.

—Claro que está ahí.

La voz de la anciana desprendía ternura, inocencia.

—¿En esa habitación? ¿En la de la derecha?

Lo decía sin comprender ella misma cómo era posible que pasara idea tan descabellada por su cabeza.

La señora Dawson dijo:

—Desde el día en que aquellos locos pérfidos me lo fusilaron, lo tengo ahí, en su habitación.

—Per... eso no...

—¿En qué otro sitio podía estar mejor?

—No... no me entiende... o yo no la entiendo... No sé...

—¿Qué quieres decirme, Vicky?

—Pues, yo... Usted... ¿habla con él?

—¿Con Peter?

—Sí.

—¡Claro! Es mi único consuelo. Gracias a eso... Si no, ¿qué sería de esta pobre vieja que no sirve ya para nada?

—Usted habla con él...

—Vicky, no entiendo qué te pasa. Es como si de pronto te hubieras vuelto tonta. Tú eres una chica despierta. ¿Por qué hablas como si no

entendieras una cosa tan sencilla?

—¿Sencilla?

—Claro. Que una madre y su hijo hablen es algo normal.

—Sí... sí, claro...

La joven, en el paroxismo de su estupor, pretextó algo para marcharse.

Un escalofrío de miedo recorría su cuerpo.

No recordaba haber estado nunca tan asustada.

Dirigió su mirada inquieta hacia la puerta de la calle. Se le antojaba ahora como una frontera que la separaba del resto del mundo.

Solo se trataba de dar unos pasos, no muchos, y se encontraría en el exterior, respirando aire puro y a salvo.

A salvo de aquella angustiosa pesadilla.

Peter...

No, no podía ser.

Aquello solo era una pesadilla y pronto despertaría de ella.

Dio unos pasos acortando la distancia.

Pero la anciana se interpuso.

—¿A dónde vas, Vicky?

La joven se llevó un susto mortal.

—Mi... mi madre... Estará impaciente...

La potente voz varonil sonaba de nuevo.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Era más de lo que Vicky podía resistir. Tapándose los oídos, no pudo reprimir un grito de terror.

La anciana, sin inmutarse, con su invariable dulzura, hablaba tranquilamente.

—Es un impaciente... Todo el día se lo pasa así, llamándome, llamándome, llamándome siempre. ¡Ah, los hijos! Cuando te cases ya lo sabrás, Vicky.

La muchacha temblaba de pies a cabeza.

No veía posibilidad de escaparse si no era recurriendo a la fuerza.

No demasiada fuerza, dado que la dueña de la casa no llegaría a los cuarenta kilos de peso, pero sí de forma un tanto violenta, visto que la señora Dawson intentaba retenerla.

¿Sería posible que la viejecita de cara angelical y gesto amable tuviera una doble personalidad?

¿Sería capaz de llevar a cabo la idea monstruosa que ella creía?

¿Quién era Peter?

¿Cómo era?

Imaginó mil y un aspectos distintos, todos ellos monstruosos, desfigurados, rozando lo espeluznante.

Sin duda debía estar lívida, porque incluso la señora Dawson, ausente

de cuanto ocurría a su alrededor, lo advirtió.

—Vicky, estás temblando.

—No... yo, yo solo...

—¿Qué te pasa, criatura? ¿No te sientes bien? Desde hace rato vengo observando que no te comportas con naturalidad. ¿A qué es debido?

—No se... preocupe.

—¿Qué no me preocupe? Café. Te prepararé una taza de café.

—No.

—¿Por qué no? El café es una gran cosa. ¡Reanima a los muertos!

—¡No!

Vicky estaba a punto de un ataque de nervios.

—No se preocupe por mí, señora Dawson.

—Hijita, ¡qué cosas dices! Tu madre y tú sois muy amables conmigo. Es justo que yo lo sea también.

—Es que...

—Nada, nada. Te lo traigo enseguida. Lo tengo a punto.

Se dirigió hacia la cocina y desde allí continuaba hablando.

—Me hace bien tu compañía. La gente joven me reanima.

A mis años se tienen ya tan pocos proyectos...

Con una taza humeante entre las manos, la señora Dawson volvió de la cocina, ofreciéndosela a la joven.

—Aquí tienes el café: calentito y a punto.

—Gracias...

Vicky alargó las manos para coger la taza, pero cuando se la llevaba a los labios, algo la sobresaltó.

Y la porcelana saltó de sus manos y cayó haciéndose trizas, desparramándose el oscuro y aromático líquido por el suelo.

Aquella voz...

¿Peter?

Una vez más la percibía, martilleando en su cerebro como si fuera a estallar en mil pedazos.

—Mamá, ¿me preparas el abrigo, por favor?

La señora Dawson respondió:

—Te lo prepararé, como todos los días.

Y dirigiéndose a la muchacha, añadió:

—Siempre ha sido muy presumido. Sale a la calle como un figurín.

—¿Ahora... también?

—Genio y figura hasta la sepultura.

Vicky se atragantó de nuevo.

Recogió rápidamente los trozos de la taza rota y preguntó dónde podía encontrar una bayeta para limpiar el café antes de que dejara mancha en el suelo.

La anciana dijo que no tenía importancia, que ya lo haría ella.

Sin embargo, parecía estar muy interesada en otra idea.

—Voy a preguntarle algo. Ven, Vicky, ven conmigo y conocerás a Peter...

Sin disimulos, horrorizada, la joven respondió como impulsada por un resorte:

—¡No!

La madre de Peter no parecía enterarse. Siguió hablando enajenada.

—Está al otro lado de esa puerta. Su corazón sigue palpitando. Los fusiles agujerearon su cuerpo, pero el corazón seguía latiendo, latiendo... Tic, tac, tic, tac... ¿Lo oyes?

Vicky no percibía en aquel instante otro sonido que los latidos de su propio corazón.

La anciana continuaba hablando:

—Como la maquinita de un reloj: exacta, precisa... Tic, tac, tic, tac... Lo escucho siempre. No ha dejado de palpar un solo segundo. La extraordinaria obra de unos hombres de ciencia buenos que lucharon por salvarle la vida. Con su sabiduría supieron colocarle un corazón artificial hecho por sus propias manos.

—Entonces... ¿él vive?

—Una maquinita maravillosa, latiendo en su pecho, sin pararse nunca... Tic, tac, tic, tac...

—Pero, ¿vive aún?

—Los otros, los asesinos, exterminaron su vida joven con los fusiles. Aquel collar de rosas rojas... Yo no lo quería de perlas... Su cuerpo en el suelo, en un charco de sangre, sin vida; el corazón seguía palpitando... Tic, tac, tic, tac... ¡Qué delicioso sonido! Tic, tac, tic, tac. Lo mismo que ahora. ¿Lo oyes?

Acercaba su oído a la puerta.

Iba exaltándose cada vez más, sin parar de hablar.

—¡Lo quise para mí sola! El corazón me pertenecía, no era de aquellos malvados. Podían quedarse con el cuerpo vacío. El collar de rosas y el corazón eran míos. ¡Solo míos!

Rompió en desesperado llanto.

La misteriosa voz se escuchaba al otro lado del tabique.

—Mamá, no te aflijas por mí... ¡Mamá!

Vicky, sin comprender lo que le pasaba, no sabía qué determinación tomar.

Experimentaba compasión por la anciana, pero al mismo tiempo algo repulsivo la apartaba de su lado.

Quería consolarla y las frases amistosas no salían de sus labios.

Aquella proseguía en sus divagaciones.

—Le pedí al mismo doctor que le había operado, que se lo extrajera y me lo entregara. No me quedaba otra cosa... Solo el latido de su corazón... Tic, tac, tic, tac... Suena como la música de una cajita que me regaló él cuando ganó su primer dinero. Siempre me han gustado las cajas de música.

Y volviéndose a la muchacha añadió:

—¿A ti no?

Vicky pensó que, de ahora en adelante, le horrorizarían las cajas de música.

Nuevamente, la voz.

—Mamá, ¿estás ahí? ¿Puedes traermme un vaso de agua?

—Voy... voy... Todo el día se lo pasa así. ¡Me necesita tanto, pobre hijo!

La joven, fuera de sí, apenas tenía ya ideas propias. Había dejado de pensar y obraba como un autómatas.

Intentó atisbar por la rendija de la puerta entreabierta, por dónde acababa de entrar la dueña de la casa.

En el interior del dormitorio vio algo increíble, espeluznante, insólito.

Estaba horrorizada, pero algo extraño la empujaba a descubrir el secreto de la misteriosa alcoba.

Por momentos se apoderaba de ella un sentimiento de morbosa curiosidad.

Sobre una bandeja de plata descansaba un objeto redondeado, viscoso, de color oscuro. En derredor se desprendía un olor nauseabundo, de sangre putrefacta, similar al que despiden algunos miembros escayolados, con heridas purulentas y meses de inmovilidad.

¿Qué podía ser aquella masa extraña y compacta?

Inclinó la cabeza para observarlo por el otro lado.

Su línea esférica acababa en punta por uno de los lados. Daba la sensación de moverse, de latir... Sí, sí; tic, tac, tic, tac... La anciana lo había dicho. Ahora estaba allí, junto al objeto repelente, mirándolo embelesada.

¡Lo acariciaba con ternura inmensa, con todo el arrebato de su amor maternal!

La voz varonil parecía corresponderle hablando suavemente, como en un susurro.

—Mamá, mamá...

Vicky, al borde de la locura, se llevó las manos a los oídos, oprimiendo con fuerza, para no oír más.

—¡Esa voz! ¡Esa voz!

Todo daba vueltas a su alrededor.

Zumbidos punzantes merodeaban por su cabeza, hasta que perdiendo la noción de cuanto sucedía, cayó desvanecida.

La anciana, enajenada, no cesaba de acariciar el corazón mecánico.

—Mi pequeño Peter... Hijo querido... Tu corazón... Tic, tac, tic, tac...
Una música, como cuando de niño te dormías en mis brazos...
La voz de Peter se percibía clara, precisa.
—Mamá, mamá...
Vicky, inerte, solo era testigo ciego y mudo de la acción.
La madre de Peter cogió una campana de cristal de gran tamaño y con ella cubrió el corazón, despidiéndose dulcemente.
—Descansa ahora, hijo. Por hoy ya hemos charlado bastante. Mañana volverás a darme los buenos días.
Echó un último beso al aire.
Luego, con paso quedo y cansado, se fue a un rincón de la alcoba.
Se percibía con claridad la voz.
—Mamá, que descanses. Hasta ma...
Quedó interrumpida la frase.
Sin duda, Peter había enmudecido.
O había perdido fuerzas para seguir hablando.
Fue en el preciso instante en que la señora Dawson dejó desconectado el magnetófono.
La voz grabada de su hijo Peter permanecería dormida en la cinta magnética hasta el día siguiente.
Hasta que la señora Dawson le diera vida nuevamente con solo conectar el aparato mecánico.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.